

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La fanática

Es creencia popular que existe un Cielo y también un Infierno. Y dentro de esta creencia es bien sabido que todos preferimos el Cielo. Así pues, no es de extrañar que cuando se constituye La Secta y ofrece el Cielo a todos los que pertenezcan a ella miles de personas se apresuren a afiliarse. ¿Cómo rechazar la clarísima oportunidad de acabar nuestra existencia en el Cielo? Sin embargo, claro está, algunas cosas no pueden aceptarse salvo que intervenga una gran dosis de fanatismo, bien organizado y dirigido por La Luz, el misterioso jefe de La Secta y gran manipulador de tantísimos inocentes y crédulos fanáticos. Todo el asunto es tan retorcido que habría ocasionado un terrible caos de no intervenir «La fanática»…



Lou Carrigan

La fanática

Brigitte en acción - 484

ePub r1.1
Titivillus 13.02.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Confortablemente arrellanado en uno de los sillones de la sala del yate de su propiedad, Chase A. Carruthers oyó la llegada de la lancha, e inmediatamente empuñó la pistola que había sobre la mesita en la que también aguardaba un cubo de plata conteniendo una botella de champán sumergida en hielo picado.

Pero la alarma, o por mejor decir el susto de Carruthers, no estaba justificado: tal como poco antes le habían anunciado por la pequeña radio que tenía junto a él, quienes llegaban eran sus empleados, que se identificaron de nuevo en cuanto Carruthers admitió la actual llamada.

—Somos nosotros, señor Carruthers. Subimos a bordo.

—De acuerdo.

Chase A. Carruthers cerró la radio y dejó la pistola junto a ella. Nada que temer, todo se iba desarrollando según sus planes.

El ruido del motor de la lancha cesó. Carruthers prestó oído atento. Oyó el leve impacto del casco de la lancha contra el del yate. Luego, el rumor de personas abordando el *Snowball*, su pequeño yate que sólo utilizaba para pequeñas excursiones costeras. El grande, con el que había viajado por todo el mundo, se hallaba en lugar secreto y seguro.

Las pisadas de tres personas resonaron en cubierta, y acto seguido adentrándose en el yate. Dos de las pisadas correspondían a dos hombres: Kenshaw y Copley, empleados de toda confianza de Carruthers. Las pisadas de la tercera persona resonaban de modo diferente, debido a los zapatos de alto tacón.

Las tres se detuvieron ante la entrada a la sala. De nuevo sonó la voz de Copley:

—Vamos a entrar, señor Carruthers.

—Adelante, adelante —autorizó éste.

Mientras hablaba acudía hacia la puerta, enarbolando ya la más

simpática y amistosa de sus sonrisas. Apareció la mujer de los zapatos de alto tacón: alta, esbelta pero de formas rotundas y sugestivas, ojos azules, cabellos negros suavemente ondulados, bellísima, elegante y sobria. Inconfundible. Conocida en todo el mundo y muy especialmente en los Estados Unidos de América: la señorita Brigitte Montfort.

Carruthers le tendió la mano con gesto de calurosa bienvenida, ampliando su sonrisa de hombre atractivo que sabe que lo es y desea ejercer esa cualidad. A sus cuarenta y cinco años, el señor Chase Aldous Carruthers ofrecía una imagen inmejorable de hombre próspero, saludable, inteligente, deportivo y atractivo. Impecable.

—No sabe cuánto le agradezco que haya aceptado venir —exclamó.

—Espero que realmente habrá valido la pena —aceptó Brigitte la mano masculina—… Si algo detesto es pasar frío, señor Carruthers. Y el viaje hasta aquí en lancha y de noche no ha sido precisamente agradable.

—Sí, lo comprendo… Y lo siento. Pero todas las precauciones son pocas.

—Ya.

—Me he permitido poner en hielo una botella de champán, pero considerando su aversión a las cosas frías…

—No al champán —sonrió Brigitte—. Si algo me resulta difícil de rechazar es una buena copa de brut.

—Ah, excelente. La tomaremos como aperitivo, mientras mis hombres terminan de preparar la cena. Si le parece bien podría pasar la noche en el yate, y por la mañana recorreríamos con él le mayor parte del viaje de vuelta, y así se ahorraría de volver a pasar frío.

—De acuerdo.

Brigitte se sentó en el diván, frente a la mesita donde estaba el champán presto para ser servido.

Carruthers dio a sus hombres unas instrucciones respecto a la cena, y fue a sentarse frente a la periodista más famosa del mundo. Comenzó a descorchar la botella.

—Mis hombres no son precisamente expertos en cocina, pero se las arreglarán bien. Son de esa clase de empleados que resultan muy eficientes en todo.

—Son guardaespaldas —puntualizó Brigitte.

—Sí…, es cierto —tuvo que admitir Carruthers—. Tiene usted buena vista de periodista. La verdad es que desde hace unos días he preferido no utilizar el personal normal del yate, ya sabe: cocinero, camareros, tripulación… Todo lo hacemos Kenshaw, Copley y yo. Los otros empleados no son… adecuados para esta situación.

—¿Qué situación?

—Quieren matarme.

—¿Quiénes?

—La Secta.

—¿Qué secta?

—La Secta. Se llama así, simplemente: La Secta. The Sect. Su jefe es un individuo al que llaman The Light.

—The Light: La Luz. Muy interesante. ¿A qué se dedica esa Secta?

—No lo sé, pero tengo la certeza de que están tramando algo muy gordo.

—Algo «muy gordo» —sonrió Brigitte, aceptando la copa que le tendía su anfitrión—… Gracias.

—A nuestra salud —suspiró Carruthers—… ¡Y Dios me oiga!

Bebieron los dos. Brigitte emitió un encantador suspiro de satisfacción, y dijo:

—Por lo único que lamentaría ser pobre es por no poder beber champán siempre que lo deseara. Quiero decir, claro está, champán como éste, porque el champán malo está al alcance de cualquiera.

—En efecto. Pero así es la vida: unos pobres y otros ricos.

—¿Usted cree que la vida es así? ¿Que fue diseñada así, es decir, unos muy pobres hasta el punto de morirse de hambre…, y otros tan ricos como usted, que tiene dos yates, varios automóviles y casas, dinero a montones… y champán francés? ¿Realmente cree que la Vida fue diseñada así?

—Ya veo que usted no lo cree.

—Convénzame. Dígame una sola razón admisible por la que usted y yo podamos estar en un yate tomando champán de doscientos dólares la botella mientras miles de personas se mueren de hambre.

—No puedo discutir con usted, porque tiene razón. Lo que yo quería decir es que la vida tiene estas cosas: unos mal, otros bien, y

otros peor.

—Dicho así, lo acepto. Veamos, señor Carruthers, usted y yo jamás nos habíamos relacionado anteriormente, ¿verdad?

—No. Nunca. Pero yo la conozco muy bien a usted.

—Sí, claro. Y yo a usted. Para no divagar con largas descripciones digamos que usted es uno de los más grandes… financieros de Wall Street, en nuestra amada Nueva York, centro mundial de las finanzas. Dicho de un modo más periodístico, usted podría ser definido como uno de los grandes «tiburones» de las finanzas. No sólo es riquísimo personalmente, sino que conoce cientos de… recursos financieros que le han permitido crear un pequeño imperio dentro del imperio de Wall Street. Tiene amigos e influencias en todas partes, un poder que yo calificaría de increíble, y, en fin, se dice que si el señor Carruthers quisiera comprar la Luna sólo tendría que ponerle precio. ¿Está conforme con mi… descripción de usted?

—Por supuesto —rió Carruthers—. ¿Más champán?

—Desde luego —tendió Brigitte su copa—. Bueno, ya ve que he aceptado su inesperada y enigmática cita, así que me gustaría que fuese… concreto en sus motivos para pedirme que viniera aquí con sus hombres, y todo ese misterioso viaje… Sí, ya sé: quieren matarlo. Los de The Sect, cuyo jefe se llama La Luz. Pero… ¿por qué quieren matarlo?

—Porque me he separado de la Secta.

Brigitte tomó la copa nuevamente llena que le tendía Carruthers, y se quedó mirando atentamente al poderoso personaje. Muy poderoso. Sin embargo, allá lo tenía, evidentemente amedrentado, escondiéndose como un conejito en su madriguera. La Secta. La Luz. Bien.

La periodista bebió de nuevo. Excelente champán. Deliciosamente frío.

—¿Y por qué se ha separado de La Secta?

—Porque descubrí que me habían engañado. Usted nunca había oído hablar de The Sect, ¿verdad?

—Nunca. Pero imagino, considerando que usted es o ha sido miembro de ella, que tiene que ser muy poderosa. ¿A qué se dedica?

—Ésa es la cuestión. Yo solicité mi ingreso en La Secta porque

según todos los datos y explicaciones que se me dieron, era de índole… exclusivista y un tanto esotérica. Es decir, que formaban parte de ella personas realmente importantes del planeta Tierra, los grandes VIP o *Very Important Person* de la humanidad, ya sabe. Se me dio a entender, se me explicó más adelante, que se trataba de un círculo cerrado para gente de altura, y que la base de su funcionamiento consistía en la enseñanza de una… religión privada que era algo así como el bálsamo milagroso para las personas en mi situación, o sea, siempre tensas, siempre sometidas al stress de los grandes negocios, siempre sosteniendo reuniones, conferencias, siempre viajando, siempre en guardia mentalmente… Bueno, la idea que yo adquirí fundamentalmente de La Secta fue que era una organización exclusivista que proporcionaba a sus miembros recursos de relax, de distensión especial a los que la masa corriente no tenía acceso. Me imaginé que dispondría de una especie de… magia secreta que en cuestión de segundos podía aliviarme de todas las tensiones. E incluso alimenté la esperanza de que conseguiría hacerme adquirir una mínima inclinación religiosa.

—Me sorprende usted —dijo Brigitte, alzando las cejas—… ¿Debo entender que usted desea dar a su vida algún sentido religioso?

—Francamente —masculló Carruthers—, me gustaría creer en algo más que en el dios dólar. En otro dios. En cualquier otro dios. Cuando se ha alcanzado mi nivel personal y social llega un momento en que se adquiere la decepcionante certidumbre de que nada de lo que tenemos vale realmente la pena.

—¿Qué consideraría usted que valdría la pena?

—Algo que se tuviera en tanta estima, respeto y amor que incluso se pudiera morir por ello. Dudo que esto se pueda sentir por un ser humano…, así que opté por intentar encontrar un dios que sí me imbuyera esas sensaciones, esos… sentimientos.

—En verdad chocante —sonrió Brigitte—. Jamás lo habría pensado del gran financiero Carruthers. ¿Me permite una pregunta de índole personal?

—Por supuesto.

—¿Por qué supone usted que no se puede sentir estima, respeto y amor por un ser humano?

—Los conozco bien —dijo hoscamente Carruthers—. Todavía no

he conocido a nadie que sea leal, honesto, bondadoso, sincero, generoso… Los conozco muy bien, señorita Montfort. He tenido amigos que parecían que lo iban a ser hasta la muerte, y amigas, amiguitas y hasta esposas (nada menos que tres) que juraban amarme más que a sus propias vidas, y todo eso que se dice. Si lo desea, puedo ir explicándole una por una todas mis decepciones y desengaños.

—No, no es necesario —murmuró Brigitte—. Sé que hasta cierto punto tiene usted razón. En cualquier caso, usted tenía suficientes motivos personales para buscar algo que, dejando aparte Wall Street, llenara su vida y le diese… sentido y estímulo. De modo que buscó, encontró La Secta, y se hizo miembro de ella, porque al parecer le aseguraron que iba a encontrar lo que buscaba: paz física y mental y una muy grande posibilidad de sentir un amor o una religión que valiese la pena. ¿Correcto?

—Correcto. Pero también The Sect me engañó. Ya verá, a medida que yo iba promocionándome dentro de The Sect y alcanzando escalafones más y más altos en su esquema directivo, me iba enterando de más cosas internas, como es natural. Finalmente, me di perfecta cuenta de que todo era pura fachada para tontos ingenuos, eso sí, con mucho dinero, pero que la verdad de las intenciones y proyectos de La Secta no es relajar hipertensos ni salvar almas descarriadas. No es ésa la verdad profunda de The Sect.

—¿Cuál es la verdad profunda?

—Ya le he dicho que no lo sé…, pero sé que tiene que ser algo peligroso. Mire usted, en determinado momento de mi escalada hacia el esquema directivo comprendí esto muy bien, me di perfecta cuenta de que, en realidad, The Sect no es más que una… banda de gente poderosa que está tramando algo impresionante. No sé de qué se traía, porque en cuanto vislumbré el asunto y comprendí que el camino que estaba siguiendo no era, ni de lejos, el que yo deseaba, pedí la baja en La Secta. Y eso, se lo aseguro, no sentó nada bien a la directiva.

—Es lógico, si usted no sólo era uno de los muy ricos y poderosos, sino que había accedido a informaciones comprometedoras. Hay muchas organizaciones como ésa, en las que resulta relativamente fácil entrar pero incuestionablemente difícil

salirse de ellas.

—Bueno, pues yo me salí. Y por eso, ahora, quieren matarme.

—¿Lo han intentado en alguna ocasión?

—No. Pero sé que han dado la orden… Dejé algunos amigos dentro de La Secta, y, aunque no quieren de ninguna manera comprometerse, me han advertido de que la orden de matarme ya ha sido dada. En estos momentos unos asesinos profesionales están buscándome.

—Ya comprendo —Brigitte apuró su segunda copa de champán, y miró con sus hermosísimos ojos los de su anfitrión, directa y fijamente—… Pero dígame, señor Carruthers: ¿qué es lo que usted cree que yo puedo hacer para ayudarle?

—Utilizar su periódico.

—¿Mi periódico? Se refiere al Morning News, claro está. No sé si comprendo… O sea, que usted ha recurrido a mí como periodista para que publique algo en mi periódico…, algo que podría evitarle a usted malos momentos y riesgos que podrían… culminar con su muerte.

—Así es.

—¿Y qué tendría que publicar yo en mi periódico?

—Bueno, conozco los nombres de algunas personas que actualmente ocupan cargos importantísimos dentro de The Sect. Podríamos hacer públicos esos nombres, así como el hecho cierto de que The Sect está tramando algo pernicioso para Estados Unidos y posiblemente para el mundo entero. Cabe la posibilidad de que ocasionásemos tan grande trastorno a La Secta que ésta optase por disolverse antes de caer en las redes investigadoras del CIA, por ejemplo.

—La idea no es mala del todo, pero tiene algunos… fallos —sonrió amablemente Brigitte—. En primer lugar, si yo publicara un reportaje de esa clase tenga por cierto que La Secta enviaría asesinos profesionales también a por mí. Y ello, sin que anularan la orden de matarlo a usted. En segundo lugar, La Secta habrá tomado ya sus precaucionas en ese sentido, pues lógicamente temerán que usted los denuncie, tanto para destruirlos como para intentar salvar la vida. En tercer lugar, mucho me temo que aunque terminásemos con La Secta, a nosotros ya nadie podría salvarnos de morir a menos de los asesinos contratados…

—Caray —gruñó Carruthers—… ¡No me da usted muchos ánimos!

—Lo siento. ¿Realmente pensó que yo podría ayudarle?

—De otro modo no la habría llamado. Me pareció una buena idea, denunciar las maquinaciones de una secta peligrosa utilizando no sólo un medio de difusión tan grande como es el Morning News, sino todas las agencias de prensa que difunden los reportajes firmados por usted.

—Sí, sí, la idea tiene cierto sentido…, pero es muy peligrosa.

—Siento haberla molestado para nada.

—Vamos, no se enfade —sonrió de nuevo Brigitte—. No tenemos por qué dar el asunto por terminado, quizá se nos ocurra alguna buena idea… Por ejemplo, ¿cuáles son esas personas de alto nivel dentro de La Secta que usted conoce? ¿Son conocidas?

—En sus ambientes, sí, claro.

—Dígame sus nombres.

—Uriah Bower, Burton Saville, Roscoe Kasten, Priscille Ramsay y Robert Bullock.

—De modo que hay una mujer, esa Priscille Ramsay.

—Hay muchas mujeres en The Sect. Le aseguro que esa secta es un pozo de mierda… ¿Quiere que le apunte esos cinco nombres?

—No es necesario, pues todavía no sé de qué me servirían.

—Lo que menos se me podía ocurrir era que tuviera usted miedo.

—Soy una persona normal, señor Carruthers. Si usted tiene miedo a ser asesinado, ¿por qué no habría de tenerlo yo?

—No sé… Me pareció, por sus reportajes, que usted tiene las narices bien puestas.

—Eso es cierto —rió la divina, tocándose graciosamente la nariz —… ¡A menos que el frío que he pasado antes me la haya torcido o desplazado de sitio! Se me ocurre que quizá podríamos enfocar adecuadamente este asunto si tuviéramos alguna información sobre los planes de La Secta.

—Ya le he dicho que no tengo esa información. Sé que están tramando algo malo, pero ni idea de lo que puede ser. Eso sí: tenga por cierto que para una periodista como usted sería tema para uno de sus formidables reportajes. Ya sé, ya sé que sus reportajes son más de índole político-social, pero bueno… ¿Qué le ocurre?

Brigitte Montfort se había erguido vivamente, de pronto, dando lugar a que Carruthers formulara la pregunta…, que quedó sin respuesta. Carruthers se dispuso a insistir, pero ella se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, que Carruthers respetó.

No se oía nada. Simplemente, nada. A excepción del leve crujido del mar contra el casco del *Snowball*, hasta entonces desapercibido, es decir, desatendido en aras de la conversación.

La mirada de Brigitte fue de pronto hacia la pistola que estaba sobre la mesita junto a la pequeña radio de bolsillo que había mantenido comunicados a Chase Carruthers y sus hombres. El financiero miró también la pistola, miró a Brigitte, y abrió muchos los ojos cuando ella se inclinó y empuñó el arma, con la cual apuntó a la puerta que comunicaba la sala con el pasillo interior.

—¿Qué ocurre? —susurró por fin Carruthers.

—Ssst.

—Deme la pistola por si…

—Cállese.

Chase Carruthers parpadeó, y permaneció callado. Él no oía nada especial. Pero la señorita Montfort, que había salvado varias veces la vida gracias a su privilegiado oído, sí estaba percibiendo algo. Casi era como si estuviera viendo a través de los tabiques, pues su mirada se iba desplazando por encima de éstos; como si en lugar de ser de fibra de plástico fuesen de cristal transparente que le permitiera ver lo que sucedía en el pasillo.

De repente, en éste, sonó el primer grito.

Capítulo II

El grito hizo vibrar los tabiques, y a partir de ese instante aquel tenso silencio saltó en pedazos.

Se oyó otro grito, varios disparos amortiguados por el silenciador, y la caída de un cuerpo al suelo. Unas secas órdenes proferidas por recia voz masculina. Ruido de pies corriendo velozmente hacia el interior del yate por el pasillo…

—Al suelo —dijo Brigitte.

Ella no sólo se tiró también al suelo, sino que se desplazó velozmente en busca de la protección del diván. Quedó acuclillada, apuntó a una de las lámparas de la sala, y disparó, reventándola y apagándola. Desvió la trayectoria del arma, y disparó contra la otra, destrozándola también, no sin haber tenido tiempo de observar la crispada, sobresaltada expresión de Carruthers. En el momento en que la segunda lámpara era apagada por el certero disparo de Brigitte, la puerta de la sala que comunicaba con el pasillo se abría, y una silueta de hombre, alto y robusto, quedó visible gracias a la luz del pasillo.

—¡La luz de aquí…! —empezó a gritar el hombre.

¡Crack!, disparó de nuevo Brigitte con la pistola de Carruthers, ahora contra el gigantesco desconocido. Éste lanzó un bramido de poderosa bestia al ser herida, y salió despedido hacia atrás, contra la otra pared del pasillo.

—¡Está armado! —aulló—. ¡Cuidado, él también está armado…!

En el pasillo resonaron fuertes y rápidas pisadas, y enseguida otros dos hombres aparecieron, actuando de modo escalofriante: se colocaron en la puerta de la sala, y comenzaron a disparar a la vez sus pistolas con silenciador hacia el interior. Chase Aldous Carruthers emitió un tremolante alarido de dolor, que se quebró como en un sollozo.

—¡Le he…! —gritó uno de los recién aparecidos.

¡Crack!, disparó una vez más Brigitte.

El hombre gritó, giró sobre sí mismo, y cayó en el pasillo, profiriendo horrendas maldiciones, para asombro de Brigitte. No por las maldiciones, sino por el hecho de que tras recibir un balazo en el pecho aquel hombre tuviese todavía fuerzas para maldecir. Como el primero contra el que había disparado, que había gritado pese a que estaba segura de haberle acertado también en el pecho…

La silueta del tercer hombre apareció también por un instante, y Brigitte volvió a disparar. Esta vez, el grito de dolor la convenció de que no había errado el disparo, como los dos anteriores.

Pero… ¿cómo era posible que ella fallase dos disparos tan facilísimos como aquellos?

Oyó voces, una maldición, ruido en el pasillo… Cerca de ella, tendido en el suelo, Chase Carruthers gemía sordamente. Afuera, en el pasillo, resonaron de nuevo fuertes pisadas, pero ahora alejándose… Muy pronto, Brigitte las oyó por encima, en la cubierta. El yate se movía ahora con acusado balanceo.

—Oh, Dios mío —gimió Carruthers—… Dios mío…

Brigitte se deslizó hacia la puerta de la sala, y escuchó cualquier posible ruido en el pasillo que pudiera indicar una trampa. Tardó casi un minuto en convencerse de que no había tal trampa. Salió al pasillo, y vio en el suelo las manchas de sangre, que se extendían hacia la escalerilla que conducía a cubierta. En dirección opuesta, esto es, hacia el interior del yate, divisó al hombre tendido de bruces en el suelo, con la pistola todavía en la mano derecha. Una pistola que no había tenido tiempo de utilizar. Se acercó a él y le dio la vuelta. Era Copley. Tenía los ojos muy abiertos, la boca crispada, y tres balazos en el pecho, todos en la zona del corazón…

Sin la menor duda, los tres visitantes del *Snowball* tenían una puntería muy, muy considerable.

—¿Kenshaw? —llamó Brigitte, alzando suficientemente la voz.

No obtuvo respuesta.

Y era natural que Kenshaw no contestara: segundos después lo encontraba en la cocina, tendido cara al techo, con los ojos casi fuera de las órbitas y dos impresionantes orificios de bala en la frente, por encima de la ceja derecha. Junto a él, en el suelo, había un plato roto, del cual había escapado y se había esparcido su contenido… El olor del fuego llegó bruscamente hasta el olfato de

Brigitte. Lanzó una exclamación, dio la vuelta, y salió corriendo de la cocina, enfilando el pasillo… Oyó los gritos de Carruthers cuando pasaba frente al salón, pero no le hizo caso. Se detuvo al pie de la escalerilla que conducía a cubierta… Por el hueco veía el resplandor del fuego, que se iba intensificando… Habían incendiado el yate.

—¡Señorita Montfort! —Oyó tras ella la voz de Carruthers—. ¡Señorita Montfort, ayúdeme!

Se volvió.

Carruthers se sujetaba al marco de la puerta, con evidente dificultad. Estaba lívido. Tenía sangre en el hombro derecho y en la pierna izquierda, empapando sus ropas. La blanca camisa, por cierto, presentaba un extraño desgarrón sobre el corazón…

—¡Ayúdeme a salir de aquí! —Aulló Carruthers—. ¡No puedo caminar! Ella retrocedió, deteniéndose ante él.

—Tranquilícese —murmuró—. No podemos salir de aquí ahora.

—¡Está ardiendo el yate! —La miró Carruthers con ojos que se salían de las órbitas—. ¡Tenemos que salir!

—Si salimos ahora a cubierta nos acribillarán desde el embarcadero que tenemos enfrente o desde la lancha en la cual se han acercado tan sigilosamente al yate. Tenemos que esperar.

—Esperar… ¿qué?

—Que haya más fuego y más humo —sonrió secamente Brigitte.

—¡Pero nos vanos a achicharrar!

—Quédese aquí. Voy a buscar un par de mantas.

Se adentró por el pasillo. Regresó un minuto más tarde, portando dos mantas, una de los cuales tendió a Carruthers, que estaba demudado y comenzaba a toser.

Afuera, como una cosa lejana e incierta, se oían gritos.

—Tenemos que salir ahora —dijo Brigitte—. Envuélvase en la manta, salga conmigo, y láncese al agua por la borda de la parte que queda opuesta al embarcadero; nadaremos bajo el agua alejándonos de…

—No podré nadar —jadeó Carruthers—… Tengo herido el hombro y la pierna. ¡No podré nadar!

—Sujétese a su manta y despreocúpese. Señor Carruthers, si usted no hace exactamente lo que le estoy diciendo le dejaré que se las arregle como pueda, no me arriesgaré por usted. ¿Me ha

comprendido?

—¡Me voy a ahogar!

Brigitte Montfort apretó los labios, y eso fue todo. Comenzó a subir por la estrecha escalerilla, se detuvo, y miró a Carruthers, que la seguía como podía. Con la manta doblada sobre el brazo izquierdo, y sosteniendo la pistola con esa mano, Brigitte tendió la derecha a Carruthers, que se tomó de ella, casi sollozando de dolor. La humareda era cada vez más intensa, y afuera crujía el fuego que muy pronto se extendería a todo el yate y, por supuesto, a su interior tras devorar la mayor parte de la cubierta. El resplandor y el calor de las llamas era tan intenso que Carruthers retrocedió cuando llegaron a cubierta, envueltos en humo. Brigitte tiró de él, se envolvieron ambos con las mantas, y lo llevó hacia la borda que quedaba al lado opuesto del embarcadero, y se dispuso a empujarlo. Carruthers tosía y gemía a la vez.

—¡Vamos, salte! —exclamó Brigitte.

Terminó de empujarlo, y Carruthers pasó por la borda y cayó al agua. En el embarcadero se oían gritos y toques de claxon.

Brigitte saltó en pos de Carruthers, y al regresar a la superficie lo encontró manoteando desesperadamente, al borde del colapso nervioso. La mano derecha de la espía golpeó de canto bajo la oreja izquierda del financiero, éste puso los ojos en blanco, se relajó, y se habría ido al fondo, desvanecido, si Brigitte no lo hubiera agarrado por la ropa.

Lejana, pero acercándose, se oía la ululante sirena de un coche de bomberos.

Brigitte pasó una de las mantas por las axilas de Carruthers, y, sin soltar la otra, comenzó a nadar mar adentro. El esfuerzo que tenía que realizar era tremendo, y sabía que muy pronto sus fuerzas no responderían a las necesidades del mismo… En el yate se produjo una apagada explosión, y enseguida otra más potente, que hizo saltar convertida en astillas la pequeña cabina de mandos en cubierta, mientras una llamarada mayor se expandía alrededor del yate, iluminando por un momento a la espía y al todavía desvanecido financiero.

—«Si nos ven ahora —pensó Brigitte—, nos enviarán al fondo del mar a balazos o hechos trizas pasando con su lancha por encima de nuestras cabezas…».

Todavía hubo otra explosión en el pequeño yate, que comenzó a hundirse de popa, abierto como una flor, permitiendo la entrada de una enorme tromba de agua que lo lastró inmediatamente y lo hundió todavía más. Era cuestión de segundos que se fuese al fondo. Hasta entonces, seguía envuelto en llamas y en negras humaredas con pestilencia a gasolina.

Brigitte dejó de nadar mar adentro, y se dirigió hacia la derecha del embarcadero, donde había embarcaciones más pequeñas, muchas de ellas cubiertas por la lona de protección que suele colocarse cuando no hay intención de utilizar la lancha en bastante tiempo. Era increíble que nadie los estuviese viendo sobre las aguas iluminadas en rojo, pero tenía una explicación: las miradas de todas las personas que habían acudido al embarcadero, o de las que habían aparecido en las cubiertas de sus yates, alejados de las embarcaciones más pequeñas, estaban fijas presas de la fascinación en el incendio que devoraba y hundía el *Snowball*.

El hundimiento de éste fue inevitable. Los bomberos, que ya habían llegado, ni siquiera tuvieron oportunidad de hacer uso de sus mangueras, pues cuando lo estaban disponiendo todo el *Snowball* se hundió, tras un último chisporroteo y una última negra humareda. Un par de bomberos, y algunos hombres, se lanzaron al agua y nadaron hacia la zona ahora que era posible acercarse a ella, en busca de supervivientes…

Pero los supervivientes del yate estaban ya junto a una de las pequeñas embarcaciones, y, ciertamente, la espía no tenía la menor intención de dar a conocer su presencia, su supervivencia. Manteniendo a Carruthers suspendido con las mantas, se las arregló para alzar la lona de una de las embarcaciones y acceder a la reducida cubierta. Desde aquí, con un vigor físico y una resistencia que nadie habría podido sospechar jamás en la encantadora señorita Montfort, subió a Carruthers a la lancha, lo dejó tendido en cubierta, y se tendió ella, dejando caer encima de ambos la lona, de modo que quedaron completamente ocultos.

Durante un par de minutos permaneció quieta, recuperando el aliento y la tonicidad muscular, relajándose completamente. Oía gritos, y algunas luces se filtraban en parte por la lona. Incluso oyó un par de lanchas recién puestas en marcha, sin duda dispuestas a navegar por la reducida zona, en busca de supervivientes… o

cadáveres.

—«Ellos están ahí —reflexionó Brigitte—… Los tres hombres no se han ido, están ahí delante, esperando convencerse de que todos hemos muerto. Si intento marcharme de aquí con esta lancha, todos me verán, y naturalmente querrán ayudarme…, con lo cual me fastidiarán. Si intento desembarcar con Carruthers, nos verán también, y entonces seguro que dispararán contra nosotros. Si permanezco aquí hasta que todo termine, pueden pasar horas, y Carruthers va a perder mucha sangre…».

No tenía alternativa: tenía que encontrar cuanto antes un teléfono y llamar a tío Charlie a Nueva York, donde se hallaba la jefatura de aquel Sector de la CIA. Una vez se hubiera comunicado con tío Charlie por teléfono, indicándole dónde se hallaba y en qué situación, la señorita Montfort ya no tendría que preocuparse por nada.

Todavía, pese a lo problemático de su situación, tuvo el acierto de buscar monedas en los bolsillos del pantalón de Carruthers, que se removía y tosía. Justo cuando Brigitte le sacaba una sola moneda del bolsillo, Carruthers respingó y farfulló:

—¿Qué es lo…?

—Sssst —chistó Brigitte—. Por el momento estamos a salvo. Quédese aquí quieto y callado. Si no busca complicaciones dentro de poco habremos salido completamente del apuro. ¿Me ha comprendido?

—Sí… Sí.

—Bien. Volveré dentro de unos minutos. Usted permanezca aquí oiga lo que oiga, no revele su presencia a nadie.

Brigitte se deslizó fuera de la lancha, y de nuevo volvió a las frías aguas oscuras, sujetando en una mano la moneda cuyo importe sería más que suficiente para la llamada a Nueva York. Llegó nadando fácilmente al fondo del embarcadero, y subió a tierra firme. Se hallaba a unos ciento cincuenta metros del lugar donde se agrupaban las personas interesadas en el accidente, y la brisa traía algunas de sus voces. Sentía un frío horrible y odioso, hasta el punto de que prefirió desnudarse antes que permanecer con las ropas mojadas pegadas al cuerpo. Dos minutos más tarde, en otra lancha amarrada cerca, encontró una lona, con la que se envolvió.

Tenía que encontrar un teléfono.

Lo encontró tres minutos más tarde, en el embarcadero, a unos sesenta metros del borde, a un lado del edificio del club. La cabina tenía la luz encendida, naturalmente, de modo que la localizó enseguida. Por supuesto que no había nadie allí, todo el mundo estaba en el embarcadero a la espera de novedades y comentando lo sucedido, de modo que Brigitte pudo llegar a la cabina sin ser vista. Entró en ésta, introdujo la moneda, y efectuó la llamada a la floristería de Charles Alan Pitzer, es decir, tío Charlie, el jefe de la CIA en el Sector New York…

Estaba oyendo sonar el teléfono de tío Charlie cuando apareció a plena luz el automóvil que había estado estacionado por delante del edificio del club y cerca del embarcadero. Las luces de la explanada y las del club iluminaron el vehículo, un Ford Granada oscuro, que pasó muy cerca de la cabina. Desde ésta, Brigitte vio perfectamente al hombre que conducía, sus facciones grandes, sólidas, y en aquel momento crispadas con un gesto de dolor y enfado. Junto a este hombre, iba otro, al que no pudo ver tan bien, tan sólo apenas divisó su silueta. Y en el asiento de atrás divisó la silueta de otro hombre, como encogido… El Ford Granada pasó a menos de diez metros de la cabina, y mostró la parte de atrás. La mirada de Brigitte Montfort fotografió la matrícula, perfectamente visible debido a la abundancia de luz en aquella parte. La matrícula era: Empire State 933064 AJ. El Ford Granada se alejó…

—¿Sí? —Sonó la voz masculina al teléfono—. ¿Diga?

—Hola, tío Charlie —saludó Brigitte, sin poder contener una sonrisa—… ¿Cómo van las cosas por ahí?

Hubo un par de segundos de silencio extraño. Luego, sonó de nuevo la voz de Charles Alan Pitzer, tensa:

—¿Qué ocurre, Brigitte?

—Necesito un poquito de ayuda, eso es todo…

* * *

Chase Aldous Carruthers se hallaba instalado en un confortabilísimo chalé cerca del mar, aunque no sabía exactamente dónde. Los acontecimientos se habían sucedido con tal precisión y a tal ritmo que el financiero había quedado totalmente desbordado en su capacidad para ir asimilando los hechos. Sabía que los habían

recogido en un yate pequeño pero poderoso, en el cual había un médico y nueve hombres cuya catadura resultaba sencillamente impresionante, todos altos, atléticos, de mirada penetrante, gesto atento y adusto…, excepto cuando miraban a Brigitte Montfort, la cual, evidentemente, era quien mandaba allí, sin la menor duda.

La señorita Montfort se hizo cargo de un paquete en el que había ropas y material, y tras asegurar al médico que ella se encontraba perfectamente, procedió a vestirse, ante la fascinada mirada de todos los presentes. El médico atendió inmediatamente a Carruthers, que se desvaneció durante la cura. Cuando se recuperó se hallaba solo en el lecho de un camarote, desnudo y vendadas sus heridas. Estaban navegando. No supo si perdió el conocimiento de nuevo o quedó dormido. Cuando vino a recuperar la realidad, dos de aquellos atléticos muchachos lo estaban trasladando cuidadosamente, y al poco era depositado en otro lecho, ahora en un dormitorio acogedor y amplio. En alguna parte sonaba la voz de la señorita Montfort. Carruthers intentó entender lo que ella decía, pero no lo consiguió. Frunció el ceño en un gesto hosco, incluso hostil, y permaneció quieto y a la expectativa.

Por supuesto que le dolían las heridas, pero quería mantenerse despierto. Tenía que mantenerse despierto si quería saber cómo estaban las cosas y qué decisiones se tomaban en aquel chalé.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos: el cansancio, el dolor de las heridas y la pérdida de sangre fueron suficientes para vencer sus fuerzas.

Cuando de nuevo abrió los ojos ya era de día.

—¿Qué tal? —Oyó la voz de Brigitte Montfort—. ¿Se siente mejor?

Carruthers la localizó, de pie junto a la cama, mirándole amablemente.

Tenía un aspecto sencillamente delicioso: como una princesa que hubiera pasado la noche gozando del mejor y más dulce sueño. ¿O era él quien estaba soñando…? Brigitte rió, de pronto, y Carruthers la miró como enfurruñado.

—¿Dónde estamos? —masculló.

—En lugar seguro, no se preocupe por eso. ¿Café?

—No sé… ¿Cómo estoy?

—Esto es usted quien debería decirlo, ¿no?

—Supongo que sí… Me duelen las heridas. Pero tengo la sensación de encontrarme bien. ¿Comprende?

—Sí. Ha sido bien atendido, y sus heridas pronto estarán curadas. Tenemos los mejores médicos y el mejor material, naturalmente. Pero si usted no hubiese llevado el chaleco antibalas no habrían podido hacer nada por usted: una de las balas le desgarró la camisa justo sobre el corazón, donde ahora sólo tiene un hematoma… Ellos también llevaban chaleco antibalas, claro. Me refiero a los tres hombres que nos atacaron. De todos modos, herí a uno de ellos, creo que en un hombro…, una herida parecida a la suya, amigo Chase.

Chase Carruthers estuvo quizá durante diez segundos mirando fijamente y en silencio a Brigitte. Por fin, murmuró:

—Usted no es normal.

—Ya lo sé. Si lo fuese, usted y yo estaríamos muertos ahora. Tan muertos como sus guardaespaldas Kenshaw y Copley. Sus cadáveres han sido encontrados dentro de los hundidos restos del yate. Las autoridades están buscando el cadáver de usted.

—¿Y el de usted no?

—Nadie sabe que yo estaba en su yate. Ni siquiera los tres hombres que lo invadieron tan eficazmente: ellos creen que es usted quien les hizo frente a tiros. ¿Sabe usted quiénes eran aquellos sujetos, Chase?

—Naturalmente —gruñó Carruthers—: los asesines de La Secta.

—Sí, ya he comprendido eso. Me refiero a si conoce sus nombres.

—¡Claro que no!

—Claro. Desde luego, eran de primera categoría. Llegaron al yate en un bote empujado a remo, y tuvieron la fortuna de que Copley y Kenshaw estuvieran ambos en la cocina. Si yo no tuviera un oído tan fino, nos habrían sorprendido… Y le aseguro que para sorprenderme a mí hay que ser de primera, Chase.

—¿Qué quiere decir?

Brigitte iba a contestar cuando apareció en el dormitorio uno de aquellos sujetos impresionantes, y fijó su mirada en los azules ojos de la señorita Montfort.

—La Central informa que los ordenadores han preparado ya esos expedientes. Quieren saber si va usted allá o nos los envían aquí en

helicóptero.

—Yo iré allá. No quiero atraer la atención especial de nadie hacia esta zona. Que preparen un coche, Simón.

—*Okay*. ¿Cuántos de nosotros hemos de acompañarla?

—Ninguno.

—Oiga, un momento. Los muchachos y yo…

—Ninguno.

—*Okay*.

El llamado Simón abandonó el dormitorio, y Chase miró de nuevo a Brigitte.

—¿Quiénes son? —murmuró—. Da la impresión de que son algo así como esclavos suyos.

—Lo son —rió de nuevo la espía—. Le aseguro que puedo hacer con esos hombres lo que me venga de gusto. Me aman.

—Ya. Oiga, perdone, pero no… comprendo. ¿Dónde estoy y qué…? Bueno, ¿qué significa todo esto?

—Tranquilícese. Está usted bien protegido, Chase.

—¿Quiere decir que ha contratado a esos hombres para que nos protejan?

—No —titubeó Brigitte—… Son de la CIA.

—¡La CIA! —Aulló Carruthers, pegando un brinco en la cama que le arrancó un bramido de dolor—. ¡Maldita sea mi estampa, quiero marcharme de aquí!

—Vamos, no sea dramático: la CIA también hace algunas cosas aceptables.

—¿Aceptables? —A Carruthers se le salían de nuevo los ojos de la cara—. Usted no entiende… ¡La Secta cuenta con miembros de alto nivel que son también altos empleados de la CIA! ¡Se enterarán de que estoy aquí, de que sigo con vida!

—Nadie llegará hasta usted mientras mis compañeros estén ocupando este chalé.

—¡Me van a matar! ¡Usted no sabe con quién se las está viendo…! ¡Ellos se enterarán de que estoy aquí, y finalmente me matarán! ¡Quiero marcharme!

—¿Adónde? —preguntó secamente Brigitte.

Chase Carruthers abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir…, y se quedó así. Finalmente, soltó un gruñido, y permaneció en silencio. Brigitte, que se había sentado en el borde de la cama, se puso en

pie.

—Salvo imprevistos, estaré de vuelta al anochecer —murmuró—… Uno de los muchachos le traerá algo para desayunar.

* * *

—Me encantan los martinis —dijo la pelirroja—, y nunca he entendido a la gente a quienes no les gustan los martinis. Brindo por los martinis…, y por usted, porque también le gustan los martinis.

Sentado ante un martini colocado en la barra de un elegante bar de Thomas Circle, en Washington D. C., Robert Bullock contempló con gesto condescendiente e irónico a la muchacha que poco antes se había sentado a su lado, en otro alto taburete, y había pedido un martini. Era encantadora. Bellísima. Ojos verdes. Boca roja.

—Es usted muy amable, señorita. Gracias.

—Porque a usted le gastan los martinis, ¿verdad? —insistió ella.

—Evidentemente. Si no fuese así no estaría tomando uno.

—Es verdad. Sí, ya me había dado cuenta de eso. Mire usted, un martini es algo muy especial…, algo así como un amigo. Una viene aquí, se sienta, pide un martini, se queda mirándolo y bebiéndolo sorbito a sorbito, y es como si estuviera acompañada por alguien. Se siente menos sola. ¿Usted está solo, señor?

Bob Bullock frunció un instante el ceño, mientras su mirada iba a derecha a izquierda rápidamente, en busca de algún conocido que estuviera presenciando la casual escena. Lo normal era que alguien le estuviera viendo, pues Bullock iba al mismo bar no menos de dos o tres veces por semana antes de emprender el regreso a casa tras terminar la jornada de trabajo con su jefe, el senador Potters. Y como él, iban allá otras personas a tomar la primera copa de la noche, relajándose, charlando de cosas ajenas a la dura labor del día. Sí, sentaba muy bien tomarse tranquilamente un martini para olvidar las preocupaciones del día. Y, efectivamente, dos o tres personas conocidas se habían dado cuenta de la situación, aunque desviaron la mirada y simularon no darse cuenta de nada. Bullock se sintió un poco molesto, pero recordó que aquel bar no admitía prostitutas ni otras gentes de azaroso vivir, de modo que nadie podía pensar que él estaba metido en una cosa así. Y la pelirroja era

bellísima.

—Sí, estoy solo —terminó por decir.

—Zambomba, ¡creí que se había quedado mudo!

—Ya ve que no. Bueno, simplemente, no la conozco a usted.

—Vaya una cosa. Soy Lili Connors. ¿Le soluciona eso algo?

—Realmente, no. Quiero decir que nunca la había visto por aquí.

—Es natural, ya que es la primera vez que vengo. ¿De modo que está solo?

—Así es…, pero estoy esperando a una persona.

—¿Su esposa, tal vez?

—No… No.

—¿Otra chica?

—No, no.

—¿Sabe? —Se lo quedó mirando especulativamente la pelirroja—: tengo la impresión de que me está mintiendo, o sea, que no espera a nadie.

—Es cierto —Bullock la miró directamente a los ojos—. Verá, lo que sucede es que… no deseo la compañía de nadie, señorita Connors.

—Entendido. Vamos, que no tengo la menor posibilidad de salir de aquí tras haber conseguido una cita secreta con usted.

—Me temo que no.

—Qué le vamos a hacer. En ese caso, podemos sostener aquí mismo la conversación que me interesa.

—¿Qué conversación?

—Es sobre La Secta y La Luz. ¿Me comprende usted, señor Bullock?

Robert Bullock palideció, y sus párpados y sus labios sufrieron una brusca sacudida. La señorita Connors sonrió, alzó su copa de martini, y bebió un sorbito… Acto seguido se inclinó confidencialmente hacia Bullock.

—Si he de serle sincera más bien detesto el martini. Lo que a mí me gusta de verdad, de verdad, de verdad, es el champán. Y considero que sería una buena idea que fuésemos a algún sitio… discreto donde tomarnos unas copas mientras conversamos sobre el tema. ¿Está de acuerdo, o insiste en que la conversación se desarrolle en este acogedor ambiente…, donde sin duda le conoce

mucha gente?

Bullock se pasó la lengua por los labios, parpadeó, se terminó el martini, y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Señor Bullock: voy a salir de aquí dentro de un minuto, me voy a meter en mi coche, que está estacionado a discreta distancia del suyo, y voy a esperar que usted salga, para seguirle al lugar donde desee que nos sentemos a conversar sosegadamente sobre The Sect. Digo esto porque si le he abordado aquí es porque no he querido visitarlo en su casa, ni en su despacho del senador Potters, ni en sitio alguno donde pudiera comprometerlo ni crisparlo. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—Perfecto —sonrió la encantadora pelirroja, dejando un billete sobre el mostrador—. Pero si antes de dos minutos no está usted sentado al volante de su automóvil, aténgase a las consecuencias.

La pelirroja se dirigió hacia la puerta, y abandonó el bar. Fue a donde había dejado su automóvil, y se sentó ante el volante. Encendió un cigarrillo.

Apenas un minuto más tarde, Robert Bullock salió del bar, y se fue directo hacia su coche, en el cual entró. La encantadora Lili Connors lo estaba viendo perfectamente. Bob Bullock no dio el encendido del coche. Lo que hizo fue abrir la guantera, buscar en ella con dos dedos, y agarrar con ellos el pequeño revólver, cuya boca de fuego apoyó en su sien derecha.

Lili Connors se irguió vivamente en su asiento, abrió la boca en un gesto como de llamada, o quizá de sobresalto, y entonces vio el resplandor del disparo efectuado dentro de su coche por Robert Bullock. La parte superior derecha de la cabeza de éste estalló en un escalofriante surtidor de sangre, esquirlas de hueso y masa encefálica salpicaron todo el interior del coche, dejando pequeñas porciones adheridas a la tapicería y a los cristales.

La señorita Connors dio el encendido de su coche y partió de allí inmediatamente.

Capítulo III

—Desde luego, es horroroso —musitó Carruthers—, pero, sinceramente, no puedo decir que llene de pena mi corazón.

—Le comprendo —asintió Brigitte—. A usted le comprendo. A Bullock, no. Ya hace mucho tiempo que me convencí de que el suicidio nunca soluciona nada… Quiero decir que no es una salida razonable para resolver un apuro, claro está.

—Cualquier apuro termina con la muerte.

—Sin duda. Pero la muerte también termina con la vida, ¿no es así? Y si todos nuestros temores son perder la vida ¿cómo se puede admitir que solucionemos nuestros temores quitándonos la vida?

—Puede haber temores más intensos que el de perder la vida, Brigitte.

—¿Por ejemplo?

—Cortarte los brazos y las piernas y obligarte a seguir viviendo. O bien arrancarle el corazón a tu hijita y obligarte a comértelo. O bien obligarte a sacarle los ojos a tu madre si no quieres ver cómo hacen rodajas a tu esposa e hijos. O bien…

—Ya he comprendido —refunfuñó Brigitte—, de modo que no necesito más ejemplos. Usted está pintando un cuadro sencillamente horroroso, Chase. ¿Realmente son así las personas de La Secta?

—No, no. Quiero decir que no todas, pues algunos de los sectarios son como yo, gente ingenua que se afilia impulsada por motivos psicológicos, mentales e incluso sentimentales. Bueno, uno cree que en estos grupos donde se elevan rezos y se predican la bondad, el amor y todo eso, las cosas son de verdad, así que también encontraría miembros auténticamente buenas personas… Yo hablo del grupo directivo de La Secta: esas personas son capaces de cualquier cosa. Y digo cualquier cosa.

—Sí, debe de ser así, cuando Robert Bullock optó por suicidarse antes que dejarse atrapar. Por lo que usted dice no me tenía

precisamente miedo a mí, sino a lo que pudiera sucederle a él o a su familia si yo le obligaba a denunciar algo referente a La Secta.

—Exactamente.

—Hablemos de The Light, de La Luz, del jefe supremo… ¿Usted no sabe quién es? Ya hemos hablado de eso, pero… ¿no podría hacer algunas llamadas que le encaminasen en ese sentido?

—Si yo hubiera continuado en La Secta, posiblemente pronto habría conocido a La Luz. Pero si aún no me habían llevado ante él era porque consideraban que todavía no había llegado el momento. Y si La Secta dice que no ha llegado ese momento, nadie me dirá nada. Y menos, en las actuales circunstancias, en que no sólo dieron la orden de matarme, sino que creen haberla cumplido. Mis llamadas sólo servirían para dar a conocer que sigo con vida.

—Claro. Bien, hablemos de esa… logia donde usted fue recibido y admitido como miembro. Envié allá a dos de mis compañeros a echar un vistazo, y me han informado que allí no hay más que un gran local vacío.

—Naturalmente —gruñó Carruthers—. No esperaría usted que ellos se quedaran allí después de mi fuga. Por fuerza tenían que comprender que era un riesgo enorme permanecer en ese lugar que yo denunciaría más pronto o más tarde. Además, esa logia no era más que uno de los muchos puntos para reuniones y celebraciones de ceremonias de que dispone La Secta. Tengo entendido que hay en los Estados Unidos no menos de doscientos lugares como ése.

—O sea, que verdaderamente La Secta es una… agrupación importante y poderosa.

—Me parece que usted no termina de creerme.

—No se enfade. Tiene usted un carácter irascible, Chase, y eso no es bueno para la presión arterial.

—Tampoco es bueno permanecer aquí: tenga por seguro que por medio de alguien de la CIA La Secta se enterará… ¡Y no estoy discutiendo la fidelidad y lealtad de los hombres que hay en esta casa, sino la de otros que ocupan altos cargos!

—Ya le he comprendido. Y tengo preparado para usted un bonito viaje. ¿Le gusta el Caribe?

—Me encanta el Caribe —sonrió de pronto Carruthers—. En muchas ocasiones, cuando el trabajo y los problemas me agobiaban, me metía en mi *jet* y me iba allá unos días.

—De modo que también tiene usted un *jet* privado.

—Pequeño.

—Pequeño —Brigitte movió la cabeza con un gesto simpático—. En cualquier caso, no lo vamos a utilizar, pues podría servir como pista para ser rastreada. Yo voy a encargarme de eso: le buscaré medio de transporte y personal adecuado para acompañarle y quedarse con usted en un lugar del Caribe donde podrá reponerse y tranquilizarse. Despreocúpese de todo, Chase.

—Estoy en sus manos —suspiró éste.

—Sí —sonrió encantadoramente Brigitte—, es verdad: está en mis manos.

Salió del dormitorio, recorrió la casa, repartiendo sonrisas y guiños con los Simones que atendían todo el servicio y vigilaban, y salió al exterior. Se metió en el asiento de atrás del coche que esperaba frente al chalé. Arriba, la luna creciente iluminaba un mar que parecía de plata. Dentro del coche, el hombre que esperaba sentado en el asiento de atrás le tendió a Brigitte un cigarrillo encendido.

—¿Ha conseguido algo? —inquirió.

—No. Salvo que sea un gran actor, y me permito dudarlo, él no sabe quién es La Luz, ni conoce más puntos de reunión de La Secta que ese que los muchachos han encontrado abandonado.

El interlocutor de Brigitte chupó intensamente de su cigarrillo, y la brasa iluminó sus enérgicas facciones, su densa melena que le confería un aspecto leonino.

Incluso los más inofensivos agentes de la CIA conocían aquel rostro, que sus directores les mostraban como una de sus primeras asignaturas de espías: era *Mr*. Cavanagh, el hombre que dirigía con astucia sin igual el Grupo de Acción de la CIA desde hacía muchos años. Lo que no sabía la CIA respecto a *Mr*. Cavanagh era que muchos años atrás, cuando había sido un simple agente de la CIA, habría muerto en Buenos Aires, acribillado a balazos acorralado en un callejón, donde se había escondido con una bala alojada en su cadera, si cierta joven espía de ojos azules no hubiera intervenido en el juego con una decisión, un valor y una oportunidad que le granjearon para siempre el respeto y el afecto de aquel espía que habría de alcanzar uno de los más altos puestos de la CIA.

—Pues las cosas se han complicado, naturalmente —dijo

Cavanagh tras una pausa—, porque después de que Robert Bullock se ha suicidado cabe temer que los otros cuatro que Carruthers conoce se hayan apresurado a esconderse.

—Eso sería lo menos malo —murmuró Brigitte—; lo que realmente temo es que La Secta los elimine, a fin de que no caigan en mis manos.

—Quizá todavía no hayan reaccionado en ese sentido. Quiero decir que no tienen por qué relacionar el suicidio de Bullock con el asunto de Carruthers. Tenga en cuenta que cuando le conseguí a usted los informes sobre esas cinco personas utilicé estrictamente personal de nuestra completa confianza, así que nadie puede saber que *Mr.* Cavanagh se ha interesado por esos cinco personajes.

—Es decir que, pese al suicidio de Bullock, los otros cuatro quizá todavía permanezcan en sus domicilios habituales.

—Lo sabremos dentro de poco —Cavanagh miró su reloj de manecillas luminosas—… Dentro de una hora haré la llamada al centro coordinador que organicé para este asunto, y sabremos a qué atenernos. Maldita sea, estoy harto de todo esto, de tanta basura… Me he pasado la vida metido en porquerías, y todavía no he comprendido qué es lo que impulsa a la gente a hacer siempre las mismas porquerías para conseguir cosas que en nada los va a elevar por encima del resto de los mortales, salvo en tener más dinero o más poder para tener más dinero y comer mejor… ¡Estoy más que harto de todo! Cualquier día me retiraré definitivamente al Monasterio.

—¿Al monasterio? —Le miró estupefacta Brigitte—. ¿Qué monasterio?

—Nada… Ninguno.

—¿Cómo que ninguno? ¡Usted ha mencionado un monasterio!

—Era un modo de hablar.

—Nada de eso —rechazó Brigitte—. Usted nunca dice nada que no sea lo exacto. Si ha mencionado un monasterio es que conoce un monasterio.

—Bueno, en realidad es… una vieja misión franciscana en California.

—Una vieja misión franciscana —Brigitte no salía de su pasmo—… Por el cielo: ¿de qué me está usted hablando?

—Se ha establecido allá una especie de… Orden intelectual, en

la que sólo se admiten personas de probada inteligencia y espíritu pacífico. Lo llamamos el Monasterio, y los pocos que formamos la Orden vamos allá cuando las tensiones de la vida ordinaria nos fastidian demasiado. Pasamos allá unos días en silencio total, pintando, leyendo, cuidando el jardín o el huerto… Cualquier día me retiraré allá para siempre.

—Zambomba, zambomba y zambomba —consiguió Brigitte reaccionar finalmente—. ¡Ésta sí que es buena! ¡Un espía director de espías metido a monje! A este paso, lo mismo me da a mí por ingresar en una orden religiosa, como monja.

—Todo puede suceder.

—Hombre, no exagere —se echó a reír de pronto Brigitte—… ¿De verdad puede imaginarme a mí como una monjita? Un momento… ¿Una Orden intelectual? ¡Eso es, de alguna manera, una secta!

—Nosotros preferimos denominarla «Orden intelectual». Y en cualquier caso, le aseguro que no tenemos la menor intención de llevar a cabo ninguna clase de planes que puedan afectar no ya la marcha del mundo, sino ni siquiera la de nuestros vecinos.

—Vamos, que no es usted La Luz ni su orden es La Secta —rió Brigitte.

—No.

—Es bien cierto que la vida es un pozo lleno de sorpresas que nunca se agotan —filosofó Brigitte—. Si alguien me hubiera dicho que lo veía a usted metido a monje me habría muerto de risa. En fin, volvamos al asunto de La Secta… Si dentro de una hora le informan de que los cuatro personajes que quedan permanecen en sus domicilios, visitaré al siguiente cuanto antes.

—Son casi las dos de la madrugada —recordó Cavanagh.

—Quiero decir que lo visitaré por la mañana temprano.

—Quizá sería mejor detenerlos a todos simultáneamente, y llevarlos a algún lugar seguro donde someterlos a interrogatorio.

—Ya se me había ocurrido —murmuró Brigitte—, pero si hiciéramos eso quizás haríamos enfadar a La Luz de La Secta y ordenaría que sus esbirros hicieran alguna barbaridad pública, como hacer descarrilar un tren, sabotear un jumbo, o algo parecido. Creo preferible seguir trabajando con guante blanco.

—Como siempre, tiene razón —admitió Cavanagh—. Lástima

que no sea usted un hombre.

—Zambomba —se sobresaltó Brigitte—… ¡Qué ocurrencia! ¿Para qué querría usted que yo fuese un hombre?

—Para presentarla y afiliarla a mi Orden intelectual.

—Ah, ya. Pues muchas gracias, pero no me interesa… ¡Estoy muy bien como mujer, no faltaría más!

* * *

El siguiente personaje que Brigitte Baby Montfort eligió era la única mujer del grupo de cinco cuyos nombres le había facilitado Carruthers: Priscille Ramsay.

Ésta vivía en Cincinnati, Ohio, y, además de ser la que quedaba más cerca del lugar donde Baby había establecido su base provisional de operaciones, fue elegida precisamente por ser mujer, lo cual, en opinión de Brigitte, le confería un mayor grado de sensibilidad, por un lado, y, por otro lado, resultaba más vulnerable… A menos, claro está —terminó diciendo la divina espía —, que fuese como ella, una mujer de armas tomar, muy, muy peligrosa.

Pero no parecía que fuese así. Según el informe completísimo confeccionado por la CIA sobre Priscille Ramsay, ésta era una mujer de cuarenta y dos años, de salud frágil, viuda, millonaria y de vida solitaria y discreta. Ni su aspecto —por supuesto Brigitte dispuso de fotografías de la dama— ni sus antecedentes de ninguna clase hacían suponer que Priscille Ramsay fuese algo más que una mujer efectivamente vulnerable y sin ambiciones diferentes a las que significaban vivir espléndidamente y sin problemas, alejada de cualquier actividad.

Tenía una hermosa villa con amplio jardín en Columbia Avenue, delante mismo de Eden Park, a escasa distancia del Ohio River, del que la separaba solamente la Eastern Avenue. La entrada a la villa estaba protegida por altas verjas de hierro forjado, y al otro lado se alzaban frondosos pinos y bellos arbustos de flores, además de setos impecablemente recortados. Un camino no muy amplio, pero finamente asfaltado, conducía hacia la circular explanada frente a la casa, en cuyo centro había un pequeño estanque delicioso. Unos elegantes toldos de color crema protegían las ventanas del lado de

la casa orientado hacia mediodía.

La anciana de blancos cabellos que había llegado conduciendo un increíble Dodge de la época prehistórica, había pulsado el llamador situado a un lado de las verjas, junto al cual había una cámara de televisión que, evidentemente, había enviado sus imágenes a la casa. Tras esto, en el pequeño altavoz del portero electrónico situado bajo la cámara de televisión, sonó la voz de un hombre.

—¿Qué desea?

—¿Eh…? —Pareció sorprenderse la anciana—. ¡Ah! Oh, bueno, quisiera ver a la señora Ramsay.

—¿Con qué objeto?

—Dígale solamente que me envía Bob Bullock.

—Veré si la señora está en casa.

—Muy bien —sonrió la anciana.

No tuvo que esperar ni diez segundos. Volvió a sonar la misma voz de hombre, rogándole que entrase. Mientras la anciana regresaba ante el volante de su coche, oyó el chasquido eléctrico que abría las verjas. Se puso ante el volante, dio el encendido, y esperó a que las verjas se separaran lo suficiente para permitir el paso del automóvil. Cuando ya circulaba por el sendero hacia la casa vio por el retrovisor cómo se cerraban de nuevo las altas verjas de afiladas puntas.

Detuvo el coche frente a la entrada de la casa, dejando a su izquierda el encantador estanque. La puerta de la casa estaba abierta, y un hombre alto y atlético, de mirada inquisitiva e incluso desconfiada, esperaba. Por su ropa se comprendía fácilmente que era un criado.

La anciana se reunió con él en el pórtico, y el hombre se apartó, murmurando que tuviera la bondad de seguirlo. Recorrió el amplio pasillo hacia la izquierda, abrió la doble puerta, y de nuevo se apartó, cediendo el paso a la anciana. Ésta entró en el salón. Las blancas cortinas recogían la luz del sol y conferían al lugar una iluminación grata, cálida, amable. El mobiliario y la decoración eran de lujo.

Priscille Ramsay estaba sentada en un sillón, desde el cual miraba con manifiesto interés a la visitante, que sonrió al verla y se le acercó, acompasando su marcha con el bastón de empuñadura de

plata en el que apenas se apoyaba.

Priscille Ramsay era delgada y pálida; delgada en todo, incluso en su afilada nariz. No había sido bonita jamás, y ahora, ya mayor y con tendencias a la soledad, tenía un algo que hacía pensar en que era mejor no relacionarse con ella.

—Buenos días, señora Ramsay —saludó la anciana.

—¿Quién es usted? —preguntó Priscille, sin moverse de su asiento.

—Me llamo Nora Tisdale, y soy… amiga de Bob Bullock.

—Ya. ¿Y cómo está Bob?

—¿No lo sabe usted? —se sorprendió la anciana—: Bob ha muerto. Se suicidó anoche, dentro de su automóvil, en Washington, poco después de terminar su jornada de trabajo… ¿No lo sabía?

—¿Qué clase de amistad les unía a ustedes?

La anciana frunció el ceño, miró alrededor, y luego miró de nuevo a la viuda, componiendo una sonrisa que pretendía ser simpática.

—Francamente, señora Ramsay, no está usted siendo muy amable. A decir verdad, ni siquiera educada.

—Está bien: siéntese.

—Escuche, yo no he venido aquí a ser tratada como una pordiosera que pide limosna. Si estoy aquí es complaciendo los deseos de Bob, a quien creo estar haciéndole un favor… Bueno, ya sé que todo esto a él le tiene ahora sin cuidado, pero si me pidió que hiciera esto sería porque de alguna manera lo deseaba o le iba a beneficiar, ¿no?

—A los muertos ya nadie puede beneficiarlos.

—Ni perjudicarlos, ya lo sé. Pero le insisto en que si Bob me pidió que viniera aquí sería por algo. Quiero decir que lo que él me entregó debe de tener valor o significado para ustedes.

—¿Qué le entregó Bullock?

—Una cosita —sonrió la anciana.

—¿Qué cosita?

—Una cosita. Él me pidió que viniera a verla a usted, pero no que le entregase a usted esa cosita.

—Entonces… ¿para qué tenía que visitarme a mí?

—Para que usted me dijera dónde puedo encontrar a The Light y entregarle esa cosita.

Priscille Ramsay permaneció silenciosa quizá durante diez segundos, contemplando con desconfianza e incluso hostilidad creciente a la encantadora anciana de aspecto conmovedoramente inofensivo.

—De modo —susurró por fin la viuda— que Bullock le habló de La Luz.

—Así es.

—¿Y qué le dijo?

—Prácticamente nada. Me entregó el paquetito y me dijo que si alguna vez a él le ocurría algo viniera a visitarla a usted para pedirle que me dijera dónde puedo encontrar a La Luz y entregarle el paquetito.

—Entrégueme a mí el paquete y yo lo haré llegar a manos de The Light.

—Ni hablar de eso.

—No sea absurda.

—Puedo ser todo lo absurda que usted quiera —se enfadó la anciana llamada Nora Tisdale—, pero tenga por seguro que no voy a entregarle nada a usted.

—Pero ha traído el paquetito, ¿verdad?

—No… No lo he traído.

De nuevo estuvo unos segundos la señora Ramsay mirando a la anciana. Por fin, sonrió sarcásticamente y dijo:

—Sí que lo ha traído. Y será mejor que me lo entregue. Yo lo haré llegar a manos de The Light, no se preocupe.

—Prefiero entregárselo personalmente.

—Si no me entrega su bolso —señaló la viuda el que colgaba de un brazo de la anciana— va a pasar un mal rato sin necesidad, señora Tisdale.

—No pienso entregárselo.

La viuda hizo un gesto como de resignación, cogió una pequeña campanita que había sobre una mesita cercana, y la hizo sonar. La doble puerta del salón se abrió, dejando visible al atlético criado.

—Quítale el bolso y dámelo, Dean —ordenó la Ramsay.

El hombre asintió, y se acercó decididamente a la anciana, a la que, por supuesto, no concedía la menor importancia. Tendió la mano hacia el bolso, pero la anciana retrocedió, sujetándolo con fuerza. El atlético Dean la miró con el ceño fruncido en un gesto de

simpática incredulidad.

—Vamos, no sea antipática —pareció implorar—: entrégueme ese bolso, señora.

—No pienso hacerlo.

—¿Prefiere hacerme enfadar y que se lo quite a las malas?

—Usted no es más que un matón.

—¿A qué estás jugando? —Refunfuñó Priscille Ramsay—. ¡Quítaselo de una vez!

Dean se acercó a la anciana con el gesto del tigre que está acorralando un corderito. Y fue entonces cuando recibió en plenos testículos el tremendo puntapié. Dean tuvo la sensación de que su cuerpo estallaba, que se iba a partir en dos… El ramalazo de dolor se esparció de un modo espantoso por todo su cuerpo. Desorbitó los ojos, crispó la boca, palideció, y se vino de bruces al suelo, encogido.

La viuda se puso en pie impetuosamente, y gritó:

—¡Rittman!

La anciana se llevó una verdadera sorpresa cuando uno de los sillones del salón, que había estado con el respaldo hacia el centro, giró, dejando visible al hombre que lo ocupaba, y que se puso en pie sin prisas. Era un gigante atlético, sólido, macizo, de crespa cabellera rubia. Su brazo derecho colgaba del cuello por medio de un pañuelo, y su hombro de ese mismo lado se veía muy abultado, por los vendajes que lo envolvían pasando por el torso. En su mano izquierda había una pistola provista de silenciador.

—Entréguele el bolso a la señora Ramsay —ordenó el tal Rittman. La anciana parpadeó.

Muy bien, allá tenía uno de los tres visitantes del *Snowball*, el hundido yate de Chase Carruthers.

¿Y los otros dos?

¿Finalmente habían muerto, habían sucumbido a los balazos que ella estaba segura de haberles metido en el pecho?

—Señora —dijo secamente Rittman—, si no entrega el bolso la voy a matar y lo entregaré yo.

Nora Tisdale asintió, se acercó a Priscille, y le entregó su bolso. La viuda lo cogió, volvió a sentarse, y lo abrió, comenzando a mirar y a hurgar en su interior. Por fin, miró a la anciana, que permanecía inmóvil.

—No veo aquí nada que pueda ser del interés de The Light —murmuró.

—Es el paquete de cigarrillos —dijo de mala gana Nora Tisdale —... Contiene una pequeña grabadora con una cinta con un mensaje grabado.

La viuda sacó el paquete de cigarrillos, lo sopesó, y asintió con la cabeza, mirando acto seguido a Nora Tisdale con más interés... Interés que, ciertamente, ya se había despertado al ver con qué facilidad y eficacia la anciana se había desembarazado del atlético Dean.

—¿Qué dice el mensaje? —inquirió.

—No lo sé.

—Vamos, no diga tonterías... ¿Pretende que me crea que ha tenido esto en su poder y que no ha escuchado el mensaje? Sobre todo, después de que se enteró de la muerte de Bob Bullock. ¡Claro que lo ha escuchado! ¿Qué dice ese mensaje?

—Escúchelo usted misma. Sólo tiene que tirar de uno de los cigarrillos, y el aparato se pondrá en marcha.

Priscille Ramsay tiró de varios supuestos cigarrillos hasta que acertó con el adecuado. Inmediatamente, del paquete de cigarrillos brotó una voz masculina:

—¿Sí?

Eso fue todo. La viuda miró a Nora Tisdale, de nuevo el paquete de cigarrillos, otra vez a Nora Tisdale... Acercó más el paquete de cigarrillos a su boca, e inquirió:

—¿Quién hay ahí?

Silencio absoluto. Nora Tisdale sonreía secamente. La viuda tuvo que comprender finalmente que aquello era una simple trampa de su visitante, en la que había caído tontamente. Su mirada saltó hacia Rittman, cuyas facciones se habían endurecido.

—Mátala —dijo fríamente.

Rittman asintió. Estaba bien claro que no iba a tener reparo alguno en matar a la anciana. Pero, evidentemente, ésta tenía sus propios planes..., que sorprendieron mortalmente a Rittman. Con una rapidez que no dio tiempo a Rittman ni siquiera al simple gesto de estirar el brazo para apuntar a la anciana y disparar, Nora Tisdale tiró del mango de su bastón, extrayendo de éste el estoque que contenía, y que lanzó inmediatamente contra Rittman. Éste

respingó, quiso entonces terminar de alzar el brazo para apuntar a la anciana…

El estoque llegó hasta él, con agudo silbido, y la afilada hoja se hundió con escalofriante impacto en la garganta de Rittman, saliendo con toda facilidad por la nuca, y destilando gotas de sangre por su extremo. Rittman retrocedió un paso, fija su mirada desorbitada en la anciana, que le contemplaba con una inexpresividad terrible. Dio otro paso, alzó las manos hacia el mango del estoque, que sobresalía de su garganta, y, de repente, cerró los ojos y se desplomó.

Nora Tisdale dirigió su mirada hacia la viuda.

—Seguiremos conversando usted y yo —dijo—. Y ahora con menos… amabilidad por mi parte. Devuélvame el bolso.

Comenzó a acercarse a la viuda. De pronto, ésta alzó el bolso y lo tiró con fuerza contra el rostro de la anciana, que lo esquivó fácilmente. Pero, al mismo tiempo que lanzaba el bolso, la viuda hacía algo más: corría hacia el cadáver de Rittman. Llegó junto a éste, se inclinó, y retiró con furibundo gesto el estoque hundido en su garganta, mientras su mirada, súbitamente siniestra y reluciente, se clavaba en la anciana Nora Tisdale.

—Ahora vas a ver, hija de puta —jadeó.

Blandiendo el estoque, se abalanzó contra la anciana, que la esquivó, pero por escaso margen, pues el estoque pasó silbando junto a su cabeza. Priscille Ramsay se revolvió, descompuesto el rostro por una ira impresionante, y de nuevo atacó a la anciana, que volvió a esquivarla, pero llevándose ahora un leve arañazo en un brazo al cortar el mandoble propinado por la viuda la tela del vestido y llegar a la piel. La viuda había comenzado a rugir presa de una furia inaudita, y se lanzó de nuevo al ataque, mientras en su boca comenzaban a aparecer espumarajos… Tras esquivarla de nuevo, Nora Tisdale se dijo que ya había tenido suficientes contemplaciones con aquella serpiente furiosa, de modo que de debajo de su falda sacó la pequeña pistola de cachas de madreperla, apuntó a la viuda, y disparó.

La pequeña bala se hundió en el hombro derecho de la viuda, y ésta emitió un tremolante berrido de rabia y dolor, giró sobre sí misma, y cayó sentada al suelo. Su alucinada mirada, buscó a Nora Tisdale, y la vio apuntándola con firmeza.

—Deje de hacer tonterías —ordenó Nora Tisdale—. Ahora hablaremos de… ¡No sea estúpida, quédese ahí!

La orden la dio Nora Tisdale convencida de que lo que pretendía Priscille Ramsay al ponerse en pie y empuñar del nuevo el estoque, era lanzarse otra vez al ataque. Pero la anciana se equivocaba.

La viuda no la atacó de nuevo. Lo que hizo fue correr hacia la pared más próxima, mientras giraba el estoque de modo que la sangrante punta quedaba sobre su pecho, por debajo del seno izquierdo… Priscille Ramsay llegó corriendo a la pared, que frenó su marcha en primer lugar al chocar el extremo del mango del estoque con ella. El acero se hundió fácilmente en el pecho femenino, el rostro de la viuda chocó también entonces contra la pared, la nariz reventó en un pequeño surtidor de sangre, y la viuda cayó hacia atrás, con el estoque hundido en el corazón.

Capítulo IV

—Adivine qué hemos encontrado en el garaje —dijo Simón.

—¿El Ford Granada Empire State 988064 AJ?

—Ajá.

La anciana asintió con un gesto. Se hallaba sentada en un sillón del salón. Cerca de ella, los cuatro sirvientes de la casa que fácilmente habían sido controlados por los tres Simones que habían acompañado a Baby en aquella incursión. Cuatro personas asustadas y que, la espía lo había comprendido perfectamente, no tenían ni idea de lo que allí estaba ocurriendo. En un lado, ahora sólidamente atado de pies y manos, se hallaba el atlético Dean, contemplando en hosco silencio a la falsa anciana de encantador aspecto.

La cual le miró de pronto a él, y mostró una sonrisa que pretendía ser amable, pero que a Dean se le antojó espeluznante.

—¿Dónde están los otros dos hombres que utilizaban el Ford Granada con el que he tenido que matar, con ese Rittman? —inquirió.

—No lo sé —murmuró Dean.

—Pero estuvieron aquí, ¿no es cierto?

—Sí…, estuvieron aquí.

—¿Y cómo se llaman?

—Codeman y Brough. No sé más de ellos. Vinieron, dejaron aquí a Rittman para que lo atendiera un médico que enviaron y se repusiera de la herida, y se fueron en otro coche que pasó a recogerlos antes de que llegara el médico.

—Y dejaron el Ford Granada para que Rittman fuese a reunirse con ellos en cuanto estuviera en condiciones de conducir.

—Sí.

—¿Y Rittman no dijo nada del lugar al que tenía que ir a reunirse con sus compañeros? ¿No comentó nada al respecto?

—No.

—Piénselo bien, Dean. Podemos someterlo a presiones tremendas, desde las vulgares torturas físicas a procedimientos de lo más sofisticado. Ninguna de esas presiones le va a sentar bien, y tarde o temprano nos dirá todo lo que sabe, tanto conscientemente como inconscientemente. Digamos que podemos… vaciarle la mente. ¿No le parece mejor ser comunicativo?

—Hablaron del cielo —jadeó Dean.

—¿Del cielo? ¿Qué quiere decir?

—Hablaron de reunirse en el cielo.

—¿Rittman y los otros dos hablaron de reunirse en el cielo?

—Sí.

—¿Y cómo debo interpretar eso?

—No lo sé.

La anciana tenía el ceño fruncido, aunque evidentemente no era debido a enfado, sino a desconcierto. Lo mismo que los agentes de la CIA que en aquellos momentos se hallaban presentes en el salón, y que contemplaban todos a Dean, no poco desconcertados.

—Bueno —dijo por fin la anciana—, me permito suponer que ni Rittman ni sus amigos Codeman y Brough son personas de las que creen en el cielo y en todas esas cosas, de modo que posiblemente fuese una manera de hablar en clave, ¿no es así?

—Lo ignoro. ¡Le juro que lo ignoro! Escuche, yo soy… o era, el acompañante de la señora Ramsay, o si lo prefiere, su guardaespaldas, así que me enteraba de algunas cosas, pero le juro que no sé más de lo que le estoy diciendo.

—Lo que significa que usted no es miembro de La Secta.

—Claro que no. No soy lo suficientemente importante, ni mucho menos.

—Ya. ¿Cuál es el nombre del médico que vino a atender a Rittman?

—No le conozco.

—¿Y la matrícula del coche que se llevó a Codeman y Brough?

—Ni se me ocurrió fijarme en ella.

—No nos está resultando usted precisamente útil, Dean.

—¡No puedo decir más de lo que sé! —Casi gritó Dean.

—Eso es cierto: nadie puede decir más de lo que sabe, aunque lo hagan trizas. Por eso yo prefiero no conocer nunca los nombres de

mis compañeros —la mirada de la anciana se desvió hacia la puerta del salón, donde acababa de aparecer uno de los Simones, lívido, sosteniendo una hoja de papel en una mano—… ¿Sí, Simón?

—Hay un mensaje para usted —murmuró el espía—. Es urgentísimo, enviado personalmente por el jefe. Lo he anotado.

La anciana estaba haciéndole señas al impresionado espía para que se acercase, y éste obedeció, entregándole el papel. Baby lo leyó rápidamente, y no palideció, pero sí fue evidente la tensión en sus facciones, el sobresalto, incluso. Le devolvió el papel al agente de la CIA, diciendo:

—Pida un helicóptero inmediatamente, para que me lleve allá, y comuníquese con el jefe por la radio diciéndole que llegaré cuanto antes.

—Bien.

El agente de la CIA salió, y la anciana le hizo señas a uno de los presentes, que fue a sentarse frente a ella en otro sillón.

—Le voy a dejar al cargo de este asunto, por el momento —murmuró ella—… Póngase en contacto con los compañeros que enviamos a localizar y controlar a los tres que faltan, es decir, Burton Saville, Roscoe Kasten y Uriah Bower. Por el momento, y salvo nuevas instrucciones por mi parte, limítense a tenerlos controlados, permaneciendo alejados y sin ponerse en evidencia. Yo me pondré en contacto con usted tan pronto como me sea posible.

—*Okay*. ¿Qué hacemos con este tipo? —Movió la cabeza Simón I en dirección a Dean.

—No sirve para nada a nadie. Es un asesino profesional, en realidad.

—Sí, es cierto. Pero… ¿qué hacemos con él?

—Mátenlo.

Pareció que de súbito se espesara el silencio, que incluso se solidificara, se convirtiera en piedra. Todos los agentes de las CIA se quedaron mirando con expresión alterada a la anciana. Dean se llevó tal susto que fue el que más silencioso y tenso quedó, contemplando a Baby con expresión desorbitada. La espía sonrió al darse cuenta de la tensión que habían creado sus palabras.

—¿Qué les pasa? —inquirió amablemente—. ¿No saben cómo se elimina a un asesino profesional?

—Bueno —murmuró Simón I—, es que así…, sin más…

—¿Sin más? —Alzó las cejas la espía—. Sin la menor duda este hombre ha asesinado a muchas personas, Simón, y hace tan sólo unos minutos estaba dispuesto a matarme a mí, una pobre anciana, sin remordimiento alguno. Cada vez que ustedes eliminen un sujeto de éstos están haciéndole un favor a la Humanidad. De manera que no sean tan remisos. Además, es muy fácil. Fíjense.

La anciana sacó su pistola de cachas de madreperla, apuntó al ahora demudado y sobresaltadísimo Dean, y apretó el gatillo.

Plof, chascó la pistola.

El helicóptero llegó apenas veinte minutos más tarde.

* * *

El piloto aterrizó a unos sesenta metros del chalé junto al cual discurría la corriente del transparente arroyo, y la señorita Montfort se apeó ágilmente en cuanto el aparato quedó quieto. Más allá, cerca del chalé, había varios hombres diseminados, inmóviles. Brigitte se encaminó hacia la casa. Tras ella, las aspas del helicóptero dejaron de girar lentamente. Del chalé salió *Mr*. Cavanagh, que se dirigió al encuentro de la recién llegada, caminando con su característica cojera.

El viejo león del espionaje mundial se reunió con Brigitte, y dijo, por todo saludo:

—No me gusta nada esto. Temo que puede haber grandes repercusiones internacionales… Porque una cosa le aseguro: no vamos a dejar las cosas como están, alguien tendrá que respondernos por esto que ha hecho.

—Cálmese —murmuró Brigitte.

—Estoy calmado —aseguró Cavanagh—…, pero dispuesto a todo. Nosotros somos la CIA, Brigitte: no podemos permitir que alguien venga aquí, adonde están tomándose un descanso dos de nuestros más importantes miembros del Consejo Directivo, y se los carguen tranquilamente y salgan bien librados. Quien ha hecho esto tendrá que pagarlo.

Brigitte asintió, y continuó caminando hacia la casa. Era un chalé de dimensiones más bien reducidas, muy confortable; un lugar ideal para descansar lejos del mundanal ruido. A unos veinticinco metros del chalé entre unos pinos, había dos

automóviles, juntos. Delante de la casa había otros tres, pero a la vista, no medio ocultos por los pinos.

Los dos hombres estaban en el saloncito, ambos tendidos en el suelo, uno de bruces y el otro cara al techo. Habían sido acribillados a balazos, y la sangre había salpicado a su alrededor profusamente, en brutal carnicería. La expresión del hombre que yacía cara al techo era de muy lógico sobresalto bien matizado por el dolor de los balazos que habían terminado con su vida prácticamente al instante. A este hombre Brigitte no lo conocía, pero sí al otro, al que estaba de bruces, y que uno de los Simones presentes movió cuidadosamente para que Brigitte pudiera verle la cara. Los labios de la agente Baby se apretaron en un gesto frío que Cavanagh conocía muy bien.

Brigitte se incorporó, y miró alrededor. Nada especial, nada a destacar: simplemente, aquellos dos hombres habían sido acribillados allí mismo, muriendo instantáneamente. Brigitte se acercó al ventanal, y encendió un cigarrillo, mirando al exterior. Cavanagh fue a colocarse junto a ella. Los dos veían los dos coches metidos entre los pinos, y para ambos era evidente que cada coche pertenecía a uno de los consejeros de la CIA asesinados.

—¿Cuánto hace que murieron? —preguntó Brigitte.

—Unas setenta y dos horas, por lo menos.

—Es decir, anteanoche… ¿Qué dicen sus guardaespaldas?

—No trajeron guardaespaldas —movió la cabeza Cavanagh—. Vinieron solos. El chalé es de uno de ellos, y simplemente vinieron solos aquí.

—¿Son homosexuales?

—No. Nada de eso. Ni hablar.

—Entonces… ¿qué vinieron a hacer aquí los dos solos?

—Esperamos averiguarlo… tarde o temprano.

Brigitte volvió a mirar hacia los dos coches metidos entre los pinos. La cuestión parecía muy simple: los dos consejeros de la CIA llegan al chalé, quizás al mismo tiempo o quizá por separado, pero ciertamente cada uno en su coche. Colocan los vehículos entre los pinos, entran en la casa, y… ¿Y qué? Se ponen a hablar de sus cosas, toman unos tragos… Pregunta elemental y básica para iniciar cualquier investigación: ¿son asesinados por personas que entran a la fuerza en el chalé, o por personas a las que ellos han citado allí

para una entrevista?

Los pensamientos de Brigitte se reflejaron claramente en su mirada, y Cavanagh los «leyó» sin ninguna dificultad. Soltó un gruñido, y masculló:

—No hay en toda la casa ninguna señal de que alguien haya entrado en ella forzando cualquier acceso.

—Es decir, que ellos estaban citados con alguien a quien abrieron la puerta.

—Evidentemente.

—¿Tal vez un tercer consejero?

Cavanagh palideció.

—¿Quiere decir que esto puede ser obra de otro consejero de la CIA, de un traidor…?

—Lo único que he dicho es que podían estar esperando a otro consejero.

—Pero… ¿qué demonios tendrían que hacer tantos consejeros reuniéndose prácticamente en secreto lejos de Langley?

—Charlar de sus cosas. Tal vez sí eran homosexuales.

—Que no —gruñó Cavanagh—… ¡Le digo que no, Brigitte!

—Ésta no va a ser una investigación fácil.

—Por eso me he apresurado a recurrir a usted. Ya sé, ya sé que nosotros no somos tontos, y que nuestro equipo interior de investigación es de lo mejor que hay en el mundo, pero ninguno de ellos tiene lo que tiene usted: ese… pálpito, esa intuición extraordinaria que pasa por encima de todas las pistas y todas las evidencias. De manera que deje de lado la cuestión técnica de la investigación, como huellas, móviles, marcas de neumáticos, y todo eso, y dígame: ¿qué cree usted que ha podido ocurrir aquí?

—Zambomba —frunció el ceño la espía—, ¡yo no soy una pitonisa!

—Brigitte, por favor —insistió Cavanagh—: ¿qué es lo que ha pensado usted cuando ha visto esto, qué ha… sentido, qué se le ha ocurrido?

—Por el momento sólo tengo clara una idea al respecto: esto no lo ha hecho nadie relacionado con un servicio de espionaje.

—¿Por qué piensa eso?

—Simplemente, lo pienso. Usted me ha pedido que diga precisamente eso, ¿no es cierto?: lo que pienso. Y esto es lo que se

me ha ocurrido: lo sucedido aquí no tiene nada que ver estrictamente entre la CIA y cualquier otro servicio de espionaje.

Cavanagh estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos de Brigitte, lo que, sin la menor duda, era un placer de la vida. Por fin, asintió, y señaló hacia el exterior.

—Podríamos dar un paseo por ahí fuera mientras los muchachos se dedican ahora a las investigaciones de rutina. ¿O cree que no vale la pena?

—Las investigaciones de «rutina», o sea, las técnicas, no dejan de ser un interesante complemento para las deducciones —se esforzó en mostrar un cierto sentido del humor Brigitte—. En lo que a mí respecta, nunca las he desdeñado…, siempre y cuando estén bien hechas y con la rapidez suficiente para que puedan ser aprovechadas oportunamente.

Era la una del mediodía.

A las tres de la tarde, llegó por radio un informe de los hombres de la CIA que habían recibido el encargo de vigilar a las tres personas supervivientes del grupo de cinco que había mencionado Chase Carruthers como miembros de La Secta: Uriah Bower, Roscoe Kasten y Burton Saville. Estos tres personajes habían abandonado su domicilio, y estaban viajando en coche. Hacia las cuatro, llegó la noticia de que Uriah Bower y Roscoe Kasten se habían reunido, y ahora viajaban ambos en el coche de Kasten. Burton Saville continuaba viajando solo… Por supuesto, los agentes de la CIA, encargados del caso no los perdían de vista.

Poco después de las cinco de la tarde, llegó otra noticia, procedente del laboratorio de Balística de la CIA en Langley: cuatro de las balas halladas en los cadáveres de los dos consejeros de la CIA (cuyos nombres eran Ian Tennisson y Wesley de Vries, este último antiguo conocido de la agente Baby) habían salido de la pistola propiedad de Rittman, el herido por la agente Baby durante su incursión en el yate *Snowball* de Chase Carruthers. El resto de las balas procedían de dos pistolas diferentes. Conclusión fácil y lógica: los consejeros de la CIA Wesley De Vries y Ian Tennisson habían sido asesinados por tres hombres, uno de los cuales tenía que ser Rittman. Consecuentemente, no era ningún disparate pensar que los otros dos asesinos habían sido sus amigotes y colegas de asesinatos Brough y Codeman, los dos sujetos que esperaban a Rittman «en el

cielo».

—¿Usted le encuentra sentido a esto? —Masculló Cavanagh—. Si tenemos en cuenta los horarios y los movimientos de esos tres asesinos sólo podemos deducir que vinieron aquí al anochecer, asesinaron a Tennisson y a De Vries, y luego fueron en busca de Chase Carruthers para matarlo también, lo cual intentaron en su yate, poco después de llegar usted allí.

—Sí, así parece que sucedieron las cosas —murmuró Brigitte.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué podían tener que ver en todo este asunto de La Secta nuestros consejeros Tennisson y De Vries?

—Me permito recordarle que Chase Carruthers me advirtió repetidamente que en la CIA, en altos puestos, La Secta disponía de miembros.

—O sea, que Tennisson y De Vries eran miembros de La Secta.

—Tal como están sucediendo las cosas, no me parece descabellado pensarlo.

—Pero entonces… ¿por qué los asesinos de La Secta los han matado?

—Puede haber mil motivos por los que La Luz haya decidido que tales o tales miembros de La Secta sean exterminados. Uno de los motivos podía ser que La Luz temiera que De Vries y Tennisson se asustaran por la… deserción de Carruthers y pudieran hablar demasiado, así que ordenó que los silenciaran, como a Carruthers. También pudo ser que nuestros consejeros se estuvieran mostrando demasiado ambiciosos. O que hubieran decidido abandonar La Secta, como Carruthers… Mil cosas, ya le digo.

Cavanagh asintió, estuvo unos segundos silencioso, y por fin, gruñó:

—Me gustaría mucho encontrar a La Luz.

—Para ello tendremos que llegar al cielo.

—¿Qué?

—Claro. Los asesinos Codeman y Brough dijeron que esperaban a su compañero Rittman en el cielo, y se fueron, dejándolo solo, cuando no tenían por qué hacerlo…, a menos que tuvieran algo importante que hacer lejos de la casa de la viuda Ramsay. En estos momentos tres de los miembros importantes que conocemos, esto es, Saville, Bower y Kasten, están viajando en coche hacia alguna parte… Y sin duda debe de haber muchos otros miembros a los que

no conocemos, que también están viajando… ¿Le sugiere algo esto?

—¿Que hay una reunión en el… cielo? —farfulló Cavanagh.

—Claro. Por eso Codeman y Brough dejaron solo a su compañero herido Rittman. Por eso, Saville, Kaster y Bower están de viaje. Por eso, Bob Bullock y Priscille Ramsay se desesperaron tanto cuando se vieron acorralados, y prefirieron morir a caer en manos de la CIA y no poder ir a la reunión en el cielo… Sí, yo creo que todos están yendo hacia el cielo. ¿Y dónde, sino en el cielo, puede estar La luz?

—Por todos los demonios —sonrió de pronto Cavanagh—…, ¿se da cuenta de que yo tengo razón cuando digo que usted es maquiavélica cuando se pone a pensar? Maquiavélica, retorcida, imprevisible, temible… Pero maldita sea mi estampa…, ¿dónde está ese maldito cielo?

—Me parece que no tardaremos mucho en saberlo.

—Toda esa gente es fanática.

—Yo también —sonrió ahora Brigitte—. A mi manera y en algunas cosas, claro. Por ejemplo, soy una fanática cuando se trata de eliminar gente que sólo piensa en llevar a cabo maldades. Sí, yo también soy una fanática, hay que admitirlo.

—Pero encantadora —aseguró Cavanagh.

—Todo lo encantadora que usted quiera, pero fanática. Y si me apura, más fanática que cualquiera de esos absurdos miembros de esa secta que dispone de asesinos profesionales… Me parece que nos traen más noticias.

Efectivamente, uno de los agentes encargados de las comunicaciones de aquella «telaraña» que estaba tejiendo la CIA bajo la dirección conjunta de *Mr.* Cavanagh y de la agente Baby, llegó ante ambos, y pasó el informe: Burton Saville había llegado a destino. Y el destino era Catskill Park, es decir, una de las reservas forestales y de la naturaleza en general de los Estados Unidos, situada al sur de Albany, en el estado de Nueva York. Concretamente, el señor Burton Saville se había detenido en las afueras de una pequeña localidad llamada Phoenicia, al pie de Slide Mountain, cuya elevación era de unos mil cuatrocientos metros.

—¿Y qué hace ahí? —Se pasmó Cavanagh.

—Tal vez le guste el *rock*, señor.

—¿El qué?

—El *rock*. Hay un festival al aire libre de Rock en ese lugar, en una enorme explanada cerca de Phoenicia.

—Vamos allá —dijo Brigitte.

—¿Al festival de *rock*? —Se pasmó Cavanagh—. Debe de haber un error. Esa clase de sujetos…

—No hay ningún error —rechazó Brigitte—. Ellos van allá para escapar de nosotros. Y ya verá como también Bower y Kasten acuden a ese lugar. Sin la menor duda acudirán miles de personas, y esa es la jugada: La Luz ha comprendido que las personas de La Secta que Carruthers ha llegado a conocer están en peligro, sobre todo desde que ha perdido a Robert Bullock y a Priscille Ramsay, así que pretende escamoteárnoslas. ¿Qué mejor sitio que donde haya tantísima gente? De modo que La Luz ha hecho sus indagaciones, ha sabido que Carruthers conoce a Bullock, Ramsay, Bower, Kasten y Saville, y a estos tres últimos les ha ordenado que vayan a ese lugar, donde entre tanta gente serán escamoteados de nuestra vigilancia…

Pasiblemente, La Luz no sabe que somos la CIA, quizá crea que somos el CIA, pero sí sabe que alguien está ayudando a Carruthers, y muy eficazmente. Por tanto, decide quitarnos de las manos a sus miembros delatados por Carruthers… Ya verá como también Bower y Kasten van hacia Phoenicia. Pero de eso nos enteraremos en el helicóptero, pues nosotros también vamos inmediatamente hacia allí.

—Por supuesto que sí. Y voy a dar órdenes para que toda esa zona ocupada por los amantes del *rock* sea acordonada discretamente. Si esos tres miembros de La Secta quieren ir allá, muy bien. Pero si creen que luego podrán despistarnos alejándose mezclados entre la multitud cuando ésta se disuelva, que se lo quiten de la cabeza, Acordonaremos la zona de tal manera que nadie podrá escapar.

Brigitte se quedó mirando amablemente a su jefe y querido amigo de tantos años, y pareció a punto de decir algo, pero terminó por sonreír y mostrar su conformidad con un gesto que, pese a todo dejó un tanto mosqueado a Cavanagh.

Tras coordinarlo todo conforme a la nueva situación, Brigitte y Cavanagh abordaron el helicóptero que les aguardaba para llevarlos a Catskill Park, en el estado de Nueva York. Y en efecto, a mitad de

camino recibieron una llamada por radio informando que los miembros de La Secta Uriah Bower y Roscoe Kasten se habían detenido en la localidad llamada Phoenicia.

Capítulo V

El festival de *rock* fue un éxito.

La labor de la CIA fue un fracaso.

Sencillamente, cuando a la madrugada los miles de jóvenes que habían asistido al festival se dispersaron, había que admitir la evidencia de que los tres miembros de La Secta habían desaparecido. La enorme explanada parecía un campo de batalla, en el que todavía dormían algunos jóvenes envueltos en mantas. Pero tan sólo una hora después de haber salido el sol la CIA tenía la certeza de que Kasten, Bower y Saville se habían desvanecido. *Mr*. Cavanagh tuvo uno de sus escasísimos raptos de enfado, en el que incluyó a todos sus hombres, «esos absurdos inútiles».

Y mientras Cavanagh sufría su propio enfado, la señorita Montfort solicitó de nuevo un helicóptero, instalada en el cual se dedicó a dar vueltas por encima de la zona en cuestión, durante no menos de una hora. Cuando regresó a tierra, Cavanagh estaba más calmado, pero todavía enfadado.

—Tenemos noticias de Chase Carruthers —refunfuñó—… Nuestro personal encargado de custodiarlo informa que se halla perfectamente en el refugio que hemos seleccionado en esa isla del Caribe.

—Esas son buenas noticias —sonrió Brigitte.

—Por lo demás, todo mal. Estamos como al principio…, sólo que hemos perdido dos consejeros y unos tipejos se han burlado de nosotros.

—No se le tome así. Hemos jugado y hemos perdido. Nosotros seguíamos a esos tres hombres, y según parece menospreciamos la inteligencia o la capacidad de maniobra de La Luz, el cual nos ha birlado a sus tres miembros que podían habernos dicho tantas cosas. Lo siento por ellos.

—¿Por ellos? ¿Por quiénes?

—Por Saville, Kasten y Bower.

Cavanagh se desconcertó.

—¿Qué es lo que siente por ellos? ¡Se nos han escapado, ¿no es así?!

—A nosotros, sí, pero no a la Luz.

—Dios… ¿Qué está tratando de decirme? ¿Que esos tres hombres han muerto?

—Claro. La Luz ha ordenado su ejecución.

—Pero… eso no tiene sentido, Brigitte. ¡Para eliminarlos no hacía falta que vinieran aquí, ni que fuesen a parte alguna!

—Claro que sí. La Luz sabe que teníamos vigilados a esos tres miembros amigos de Carruthers, así que era un tremendo riesgo enviar a sus asesinos a eliminarlos, ya que nosotros habríamos cazado a esos asesinos. Y mientras que los miembros de La Secta son unos fanáticos que prefieren morir a traicionarla, los asesinos ni mucho menos harían tal cosa, pues ellos son profesionales, y si bien están dispuestos a matar por dinero no están dispuestos a sacrificarse por nada. De modo que si nosotros capturábamos a los asesinos que La Luz enviase a matar a esos tres miembros de La Secta sin duda les haríamos confesar dónde está La Luz, dónde está el cielo de La Secta. Por lo tanto, en lugar de enviar asesinos en busca de Bower, Saville y Kasten, ordenaron a éstos que vinieran aquí, donde han sido escamoteados a nuestra vista y asesinados. Por eso digo que lo siento por ellos.

Cavanagh contemplaba absolutamente fascinado a Brigitte. De pronto, sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Por fin, murmuró:

—¿Cómo lo han hecho? ¿Dónde están sus cadáveres?

—Tienen que estar en uno de los quince puntos que he contado desde el helicóptero. Hay quince grupos de arbustos en toda la zona donde se ha celebrado el festival de *rock*: en uno de ellos, o en tres diferentes, están los cadáveres de esos tres desdichados.

El piloto del helicóptero, y otros dos agentes de la CIA que se hallaban asistiendo a la conversación estaban petrificados, todavía más que Cavanagh, el cual les llevaba la ventaja de conocer muy bien a la agente Baby. Ni por un momento dudó Cavanagh que las cosas estaban tal como acababa de explicar Brigitte, de modo que comenzó a dar órdenes en el sentido de que se formaran grupos de

hombres que recorriesen la zona donde se había celebrado el festival, y que estaba convertida poco menos que en un basurero.

—Mientras tanto —dijo Brigitte—, usted y yo podemos ir a echar un vistazo a los coches. Y sería conveniente que el de Bower fuese recogido donde quedó estacionado mientras él y Kasten continuaban el viaje en el coche de éste… Que tengan mucho cuidado.

—¿En qué sentido?

—Esos coches podrían haber sido manipulados de modo que explotasen. Bien, vamos de momento a ver los de Kasten y Saville.

En un coche, Brigitte, Cavanagh y un agente de la CIA encargado de conducirlo, se trasladaron a la cercana Phoenicia, donde permanecían los coches de Saville y Kasten, custodiados de lejos por sendos agentes de la CIA cuyo aburrimiento sólo era superado por su sueño, pero que reaccionaron en cuanto vieron aparecer a Cavanagh y a Baby. Los dos coches fueron examinados precavidamente, llevados luego fuera de Phoenicia, y examinados más a fondo. Todavía no habían terminado cuando fue traído el coche de Bower, recogido por dos agentes del lugar en el que había sido estacionado…

No había nada mínimamente revelador en ninguno de los coches, con lo que la agente Baby se mostró un poco decepcionada.

—¿Qué esperaba encontrar? —inquirió Cavanagh.

—Supongo que valoré demasiado las inteligencias de esos tres hombres.

—Sigo sin comprender.

—Se me ocurrió que quizás ellos, sabiendo lo que está ocurriendo con Chester Carruthers y que sus amigos Bullock y la viuda Ramsay se han autoeliminado, temieran por sus vidas. Esta clase de sectas no tienen demasiados miramientos con sus miembros o socios, y si hay que quitarlos de en medio lo hacen y aquí no ha pasado nada. Saville, Bower y Kasten podían haber temido que pensaran eliminarlos a ellos, y entonces haber dejado algo que comprometiera a La Secta, después de muertos ellos. Y si nada las ocurría, regresaban a los coches, destruían esa denuncia o pista para la policía, y tampoco aquí ha pasado nada.

—O sea, que ellos no sabían que nosotros les estábamos vigilando.

—Claro que no. Pero La Luz sí sabe que estamos tras ellos. Esos tres sólo sabían que había problemas, pues evidentemente, para convencerlos de que no debían dirigirse al cielo, sino al festival de *rock* y esperar ahí a ser recogidos, bien tuvieron que decirles algo razonable según su criterio. Por ejemplo, que tal vez la viuda Ramsay y Bullock habían dicho a alguien algo que les pudiera poner en peligro a ellos, y que por eso convenía tomar todas las precauciones. Y ellos, como corderitos, hicieron todo lo que se les ordenó. Y ahora están muertos.

—Todavía no estamos seguros de eso, Brigitte.

Tan sólo tres minutos más tarde, recibieron la llamada por radio, rogándoles qua regresaran al lugar donde se había celebrado el festival de *rock*.

Los Simones habían encontrado los tres cadáveres.

Yacían sobre unas lonas con las que habían estado envueltos, según explicaron los agentes de la CIA. Cada uno de ellos fue encontrado en un sitio diferente, bien envuelto y metido entre unos matorrales. Kasten tenía dos cuchilladas que habían alcanzado su corazón; Bower y Saville habían sido estrangulados con unas finas cadenas de acero que todavía estaban incrustadas en sus gargantas. En el rostro de Kasten había una congelada expresión de sobresalto y dolor. En los rostros hinchados y amoratados de Saville y Bower se reflejaba toda la angustia que les había producido el dolor y el pleno conocimiento de la inminencia de su muerte.

—O sea —murmuró Cavanagh—, que mientras sonaba la música de *rock* a ellos los estaban asesinando. Unos bailando alucinados y mientras tanto unos asesinos mezclados con la muchedumbre asesinaban a estos tres pobres hombres.

—Sí. A Kasten, simplemente, debieron de clavarle las dos cuchilladas y empujarlo hacia el interior del arbusto. A los otros dos, tuvieron que arrastrarlos y terminar de estrangularlos ya metidos en el arbusto.

Allí, ciertamente, no había gente sensiblera, pero todos se estremecieron ante las últimas palabras de Brigitte.

Durante unos segundos persistió un denso silencio, fijas todas las miradas en los cadáveres.

Por fin Cavanagh reaccionó, ordenando la retirada de los cadáveres, y la recogida de todo el material y el despeje de la zona.

Nada había servido de nada.

—¿Qué haremos ahora? —masculló el jefe del Grupo de Acción de la CIA cuando él y Brigitte se acomodaron en el asiento posterior de un coche, para marcharse de allí.

—No tengo ni idea.

—Pues sí que estamos bien. Si usted no tiene ni idea imagínese los demás.

—No exagere. Cualquiera de nosotros puede encontrar alguna pista cuando menos se lo espere.

—Esperemos que sea así. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Regreso a casa. Me sentará bien descansar unas horas… mientras reflexiono por si se me ocurre algo. Mientras tanto, sería conveniente que prosiguieran las investigaciones… técnicas en torno a las muertes de nuestros consejeros. Si ocurre algo interesante, o se encuentra una pista, no duden en avisarme inmediatamente…

* * *

Era media tarde cuando la señorita Montfort llegó en helicóptero a la terraza del Crystal Building, desde donde descendió a su apartamento. Aquí, no había ninguna novedad, salvo un par de recados que le entregó Peggy, el ama de llaves. Las dos llamadas eran de Frank Minello, que insistía en que Brigitte saliera aquella noche a cenar con él. Brigitte olvidó inmediatamente este asunto, y se encerró en su dormitorio, donde se tendió en la cama y quedó fulminantemente dormida, permaneciendo así dos horas.

Cuando despertó sabía que iba a ocurrir algo. Sin embargo, en su apartamento todo estaba en calma. Peggy estaba en la cocina preparando la cena, por si Brigitte desestimaba la invitación de Frankie como le había hecho suponer su actitud. Eran muchos años juntas, de modo que Peggy conocía muy bien a la señorita Montfort.

Por eso, cuando apareció en la cocina se quedó mirándola sorprendida.

—¿Ocurre algo, señorita? —indagó.

—Eso pregunto yo. ¿Ocurre algo?

—No —Peggy estaba desconcertada—… Nada. Estoy preparando la cena porque he supuesto que no tiene ganas de salir esta noche.

—De lo que no tengo ganas es de que Frankie me caliente la cabeza. Si llama de nuevo dile que ya nos veremos mañana o pasado en el Morning. Yo voy a dar un paseo… O mejor aún: estaré en mi escondrijo secreto.

—Muy bien.

Pocos minutos después, Brigitte descendía en ascensor hacia el garaje subterráneo del edificio. Llegó allá, abandonó la cabina, salió al descansillo, empujó la puerta de plancha de acero contra incendios, y accedió a la planta donde reposaban casi ochenta automóviles. Se dirigió hacia donde tenía el suyo, llegó, se dispuso a sacar las llaves del bolso…

El resplandor apareció de súbito, muy cerca, al otro lado de su coche. Fue un intenso fulgor como de *flash*. Talmente como si una insólita estrella se encendiera de repente. La luz fue cegadora, y quedó flotando ante la sobresaltada mirada de la espía más peligrosa del mundo.

La Luz.

Y entonces sonó la voz, honda y clara, bien timbrada:

—Me buscabas y me has encontrado.

Brigitte no tuvo ni siquiera tiempo de reaccionar: rodó por el suelo fulminantemente dormida.

* * *

Las sensaciones se habían ido sucediendo, y, aunque ninguna de ellas había sido desagradable, sí le dejaron impresiones de inquietud, de incomodidad, de inseguridad.

En lo más profundo de su bien entrenada mente de espía profesional de larga trayectoria, la agente Baby sabía que estaba viajando y que cada determinado tiempo le inyectaban pentotal o alguna droga parecida que la mantenía en aquella especie de sueño intermitente. Oía voces lejanas, ruido de motores; sensación de silencio y luego de vuelo. Sentía manos en su cuerpo. En determinado momento, tuvo la certeza de que la estaban violando, y de algún modo supo que lo hacían dos hombres a los que ya conocía.

Ah, sí. Eran los dos compañeros de Rittman, es decir, los dos atletas profesionales del crimen que habían estado con el propio

Rittman en el yate *Snowball* de Chase Carruthers.

Eran ellos.

Pudo ver, como a través de una nube oscura, sus rostros recios y crueles plasmados en un espejo roto. Eran visiones insólitas, que sugerían otra dimensión, otros mundos, otras impresiones vitales… Pero lo de la violación era cierto, ella lo sabía. Había sentido la violencia de la penetración repetidas veces mientras el rumor del motor de un camión o algo parecido parecía envolverla. La violaban y la pinchaban para mantenerla dormida, y sólo aquella inusual fuerza de su mente la mantenía en aquel estado intermedio que le permitía enterarse de algunas cosas aunque fuese de un modo distorsionado.

Se enteraba. Lo sabía.

Los llamados Codeman y Brough la habían violado. Muy bien. Lo recordaría. Sabía que en algún momento ella volvería a ser ella, que recordaría las cosas con claridad al volver a la normalidad. Su mente no era una mente cualquiera; era como un ordenador donde todo se iba registrando, depositando, guardando. Lo recordaría todo en el momento oportuno…

¡Y de repente, despertó!

Es decir, no despertó de repente de un modo completo, sino que, de repente, pasó de aquel estado intermedio entre el sueño y la vigilia a la vigilia completa, aunque un tanto aturdida.

Y al instante siguiente vio la luz. Es decir, La Luz. Flotaba ante ella. Y oyó su voz:

—Es lamentable que una persona de su belleza y su talento se haya enfrentado a La Secta, señorita Montfort.

Brigitte cerró los ojos, y realizó un esfuerzo para poner rápido orden en su mente, en sus pensamientos, en sus recuerdos. Ah, sí, la luz en el garaje, y aquella voz antes de caer dormida bajo los efectos de un gas. Aquella honda, limpia, agradable voz. La voz de La Luz, por supuesto. Esto era una estupidez. ¿Con quién creían que estaban tratando? Abrió de nuevo los ojos y se incorporó en el lecho donde se hallaba tendida, completamente desnuda. Sintió un dolor y una molestia muy concretos, que le recordó sus impresiones de haber sido violada. Y había sido violada, en efecto.

Su azul mirada se desplazó lenta y fría hacia la luz que continuaba resplandeciendo ante ella.

—Es usted tan hermosa —dijo La Luz—… Esos pobres diablos no pudieron resistir la tentación de disfrutar de su cuerpo durante el viaje. Pero mire usted, esa clase de gente hace esas cosas, y hay que aceptarlo así, si queremos que estén contentos para servirnos lo más fielmente posible. En cualquier caso, tengo la impresión de que se encuentra usted perfectamente… Es una mujer muy fuerte. Claro: no puede ser de otro modo, tratándose de la agente Baby.

Ésta miró alrededor.

Se hallaba en un dormitorio de buenas proporciones, eso era todo. Un dormitorio con dos ventanas, pero en ninguna de las cuales se veía luz, pues estaban tapiadas por fuera, al parecer. Brigitte se puso en pie, y caminó hacia la puerta que supuso correspondía al cuarto de baño. Entró en éste, y procedió a ducharse, a limpiarse a conciencia. Solamente se oía el rumor del agua. Sabía que estaba en un sitio insólito.

Terminó de ducharse, se envolvió con la toalla, y regresó al dormitorio. La luz seguía allí.

—¿Se encuentra mejor? —inquirió la agradable voz.

Brigitte reparó entonces en la prenda de ropa que había sobre la cama en la cual había yacido, y se acercó a examinarla. Era una túnica, de nítida blancura. Se desprendió de la toalla y se puso la túnica, mientras sus ojos examinaban críticamente la puerta de aquel dormitorio.

—Realmente, es usted de una belleza fuera de lo común —dijo La Luz—. Pero lo que a mí me interesa es su inteligencia. Juntos podemos alcanzar…

Brigitte se había acercado más a La Luz, que no se movió. En el suelo, la espía vio aquel pequeño objeto metálico del cual salía la voz, y se inclinó a recogerlo. El objeto metálico seguía emitiendo la voz de La Luz:

—… prodigiosos objetivos de altísimo nivel. Objetivos impensables para las gentes corrientes, y que van más allá del Poder y del Dinero…

Brigitte se había acercado al tocador, sobre el cual había depositado el diminuto altavoz. Cogió un cenicero de grueso cristal, lo alzó, y lo abatió con fuerza sobre el pequeño artilugio, que enmudeció en el acto. Por el espejo del tocador vio cómo La Luz desaparecía inmediatamente.

La espía fue hacia la puerta del dormitorio, pensando cómo podría arreglárselas para abrirla. Y se llevó la gran sorpresa: no estaba cerrada con llave. Movió el pomo, tiró de él, y la puerta, simplemente, cedió hacia dentro. Brigitte salió del dormitorio, y se encontró en la enorme nave parcamente iluminada por pequeñas lámparas diseminadas. Pero inmediatamente, ante ella aparecieron Codeman y Brough, ambos sonrientes.

—La están esperando —dijo Codeman.

Brigitte le miró con gélida fijeza, y él se echó a reír.

—Vamos, no se enfade —dijo intentando ser simpático—, estas cosas pasan en la vida, y no son tan malas como parecen. Ya sé que Brough y yo somos un par de cerdos, pero la naturaleza humana es así, y hay que aceptarlo. Por otro lado, usted no era virgen, ¿verdad? —Volvió a reír—, de modo que tampoco es una gran tragedia que dos sujetos sanos y fuertes como nosotros le metan unos cuantos polvos.

Brough también reía. Brigitte lo miró también. Luego, pareció olvidarse de los dos, y se dedicó a situarse en aquel lugar. Había carromatos, *jeeps,* coches de caballos de los que aparecían en las películas de romanos, mobiliario de toda clase, escaleras, fachadas de casas, bicicletas… Se volvió a mirar el dormitorio del cual acababa de salir, y se dio cuenta de que era como una solitaria construcción ubicada en un lado de la enorme nave…

Se hallaba en unos estudios cinematográficos.

Es decir: ¿la habían llevado hasta California? ¿O el viaje había durado mucho menos de lo que a ella le había parecido en forma de torturante pesadilla y se hallaba en cualquiera de los estudios del estado de Nueva York?

—Luego volveremos a hacer el amor —oyó la voz de Codeman —. Ahora, vamos al cine.

La empujó por un hombro, y cuando ella se volvió le dio un manotazo en las nalgas, echándose a reír una vez más. Brough se acercó a ella por detrás, y con ambas manos, la agarró por los pechos, riendo también… La reacción de la señorita Montfort fue fulminante y terrible: lanzó su codo derecho hacia atrás, acertando de lleno con la articulación en el ojo derecho de Brough, que lanzó un bramido de bestia, retrocedió, y terminó por caer sentado, con las manos en el ojo. Codeman había saltado precipitadamente hacia

atrás, y apuntaba con su pistola a Brigitte, que ni siquiera lo miró, y continuó caminando hacia donde la había empujado Codeman. Tras ella oyó las maldiciones de Brough, sus resoplidos, y luego sus pasos. Supo que se había colocado tras ella, y oyó su voz:

—Te arrepentirás de esto, mala puta…

No hizo caso alguno. Continuó caminando. Llegaron al fondo de la enorme nave. Incluso llegó a divisar, en un rincón, lo que le pareció un platillo volante. Chocante.

Llegaron al fondo de la nave, Codeman abrió una pequeña puerta, y salieron a un pasillo, que recorrieron en silencio. A medida que se iban acercando al otro extremo Brigitte comenzó a oír el rumor de voces, que era muy intenso cuando alcanzó el término del pasillo. Codeman abrió otra puerta, y Brigitte cruzó el umbral… Se encontró en un cine. Lisa y llanamente, en un cinematógrafo, de medianas proporciones, y que ya estaba lleno de espectadores.

Espectadores.

Había hombres y mujeres, y todos, absolutamente todos vestían igual que ella, una túnica blanca. No pareció que nadie le hiciera demasiado caso a la recién llegada; algunos la miraron, y eso fue todo.

—Aquel es tu sitio —dijo Codeman, señalando.

Brigitte fue a sentarse en la butaca indicada, entre una mujer de corta cabellera que la miró de tal modo que le pareció lesbiana, y un sujeto de notable cabeza alargada, frente desusadamente amplia y panorámica, y cortos cabellos puntiagudos, que la miró con penetrante fijeza, como queriendo alcanzar su alma con sus grandes ojos de una negrura infinita. La espía, simplemente, se sentó, y su mirada fue hacia la pantalla. No se le escapaba que la iban a obsequiar con la proyección de una película.

Y así fue.

Apenas se había sentado ella, casi todas las luces de la sala se apagaron, todo el mundo dejó de hablar y se sentó, y finalmente todo quedó sumido en silencio y expectación.

Capítulo VI

Se iluminó la pantalla, y enseguida apareció en ésta La Luz, de la cual brotó la bien timbrada voz que Brigitte ya conocía.

—Estimados miembros de La Secta, la proyección del filme de esta sesión tiene una doble vertiente, un doble sentido. Por un lado, el ejemplo de la Bondad y por otro el de la Maldad. Todos sabéis ya que el Ser Humano, debido a su versatilidad que le distingue tan ventajosamente del resto de los seres vivientes de nuestro planeta, es capaz de las mayores brutalidades y de los más abnegados y nobles comportamientos. Esto, la gente corriente suele olvidarlo con frecuencia, y así, adoptan posturas drásticas, unas veces en un sentido y otras en otro, rechazando la posibilidad de que una persona que habitualmente se esté comportando con maldad pueda en un momento dado dar muestras de grandiosa bondad y viceversa, es decir, que una persona habitualmente bondadosa pueda llegar a cometer, en un momento dado, actos canallescos y criminales incluso. Entre las muchas cuestiones que La Secta ofrece a sus miembros para el desarrollo global de su intelecto y de su comprensión de las cosas de la vida en general figura la mencionada doble vertiente de comprensión del comportamiento humano. Comprender al ser humano en sus bajezas y en sus grandezas nos puede llevar a todos a un comportamiento más consecuente con nuestros semejantes y con nosotros mismos, y por tanto, a una mayor y mejor relación entre todos los habitantes de este mundo en el que tenemos que vivir y convivir. Vamos a presenciar ahora unas imágenes diversas, en realidad muy diferentes entre sí… El ejercicio de hoy consiste en lo siguiente: no alterarse. Veamos lo que veamos, oigamos lo que oigamos, debemos mantener inalterable nuestra serenidad, debemos ser capaces de no dejarnos impresionar en ningún sentido, debemos contemplar y asumir todos los hechos que, como veremos, pueden ser realizados por el ser humano. Pensad

que todo cuanto vamos a ver puede ser llevado a cabo por cualquiera de nosotros en determinadas circunstancias. Si pensáis esto, si conseguís mantener sereno el ánimo y la mente, esta lección práctica mensual habrá conseguido su objetivo. A todos, bien venidos y nuestro afecto sincero.

La Luz desapareció de la pantalla, que quedó en blanco.

Brigitte volvió la cabeza hacia el hombre de la frente panorámica que tenía a su derecha.

—¿No tendría usted un cigarrillo? —solicitó.

—Ssst —se llevó el hombre un dedo a los labios.

Brigitte torció el gesto, miró a la mujer que tenía a su izquierda, y decidió hacer ejercicios de voluntad privándose de fumar. Se estaba dando perfecta cuenta de que se hallaba inmersa en un rebaño, es decir, en un grupo de gente de esos tan fáciles de manipular, de motivar, de impresionar. Los clásicos ciudadanos que buscan por diversos caminos explicaciones de la Vida, la Muerte, y tantas otras cosas que nunca comprenderán, porque sus mentes no han alcanzado el desarrollo necesario para ello… Gente que se afilia a hermandades y sectas, que pagan cuotas, que enriquece a cuatro listos que viven como reyes a costa de la credulidad absurda de los miembros de la hermandad o secta. En suma: que no sería allí, en aquel pequeño cinematógrafo, donde encontraría a los miembros importantes de La Secta, esos miembros que, según Chase Carruthers, estaban «tramando algo malo»…

En la pantalla apareció de pronto una joven pareja haciendo el amor. Hubo como un corte de respiración colectivo. Tanto ella como él eran hermosísimos, y hacían el amor con una entrega total, maravillosa. Era un recreo para la vista verlos abrazados.

Las imágenes duraron todo el tiempo del coito, de principio a fin, y acto seguido aparecieron atroces imágenes de soldados clavando sus bayonetas en civiles caídos en el suelo. La cámara recogía las imágenes de un modo estremecedor, ofrecía salpicaduras de sangre, ojos desorbitados por el dolor y el miedo, niños atravesados por la bayoneta y clavados con ella al pecho de su madre…

Las imágenes cambiaron bruscamente. Apareció un paisaje bellísimo, seguramente de alguna isla de la Polinesia. La vegetación era de un verdor tierno, al fondo había una cascada de nívea

espuma, se oía el canto de algunas aves, y varias de éstas, de bellos plumajes, aparecieron en la pantalla, situadas en ramas floridas… A continuación, en la pantalla apareció la explosión inconfundible de una bomba atómica, con su clásico hongo, y luego aparecieron las imágenes de una ciudad arrasada y cientos, miles de cadáveres calcinados. Luego, una joven mamá daba de mamar a su bebé, sonriente, sentada en una mecedora en un delicioso jardín del más puro estilo norteamericano. A continuación, un grupo de hombres blancos torturaba a dos hombres negros, a los cuales, tras vejaciones y crueldades espantosas, terminaron por cortarles los testículos a machetazos…

En alguna parte de la sala se oyó un suspiro que era más bien un respingo.

Brigitte apretó los labios. Miró hacia la puerta lateral por la que ella había accedido al cinematógrafo, y vio allá, de pie, a Brough y Codeman, ambos apoyados con un hombro en la pared, mirando la pantalla.

Ella también miró de nuevo la pantalla. A su alrededor percibía, tan intensamente como si los experimentase ella misma, sentimientos cambiantes de ternura y espanto, de rebeldía, de emoción… Estaban jugando con aquella pobre gente. Porque, ciertamente, no sería con aquellas imágenes horrendas con lo que estimularían la bondad. Y, en cuanto a lo de permanecer inalterables contemplando aquellas escenas espantosas, simplemente, no podía lograrlo un ser humano normal.

Cuando la proyección del filme terminó, apareció de nuevo La Luz, y sonó su voz.

—Unos minutos de descanso y reflexión —dijo suavemente—, y luego se procederá a un debate colectivo sobre la sesión del día de hoy.

Se encendieron las luces. Durante unos segundos pareció talmente que todos los presentes fuesen estatuas, que ni siquiera respiraban. Luego, se oyeron suspiros, bufidos, alguien comenzó a hablar…

—Como habrá usted comprendido perfectamente —dijo La Luz—, ninguna de estas personas está capacitada para escuchar mis objetivos que van más allá del Poder y del Dinero. Usted sí, y si le parece podemos proseguir la conversación que tan

desconsideradamente interrumpió aplastando mi voz.

Quien así hablaba era el sujeto de la frente panorámica sentado a la derecha de Brigitte, la cual se había vuelto vivamente hacia él apenas oír su voz. Cuando terminó de hablar, Brigitte le obsequió con una sonrisa leve y breve.

—De modo que usted es La Luz —susurró.

—Digamos que soy… la llama de la luz —rió el sujeto—. La luz, señorita Montfort, es algo demasiado sustancial para comprenderla en una sola vida.

—Ya. Pero, para entendernos, y dejando aparte retóricas filosóficas, usted es La Luz de La Secta.

—Eso sí —le sonrió el sujeto—. Y estoy seguro de que usted y yo vamos a entendernos.

—¿Sí? ¿En qué se basa?

—Mire usted, las personas inteligentes no conviven realmente con la masa, ni se identifican con ella. Pongamos el caso de usted… Usted vive y convive con sus semejantes en un rascacielos, en una ciudad, en un país, en un continente, en un planeta…, pero usted no está integrada totalmente en la masa humana corriente, usted, como yo mismo y otras personas, tiene una inteligencia superior, y esto es así, hay que admitirlo y asumirlo. Esta suerte intelectual le toca a quien le toca, unos tienen suerte y otros no la tienen. Es… escalofriantemente simple, ¿no está de acuerdo?

—La verdad es que sí —murmuró Brigitte.

—No podía ser de otro modo. Sin embargo, usted tiene un mérito… enorme y fascinante: siendo superior, y sabiendo que lo es, vive, convive y trata a sus semejantes como si fuesen iguales a usted. ¿Cómo puedo entender esto?

—Soy de la opinión de que todo cuanto nace tiene derecho a la Vida. Eso lo simplifica todo.

—Hum… No sé, no sé. Yo, a eso, lo llamaría… generosidad espiritual.

—Así lo llamo yo también —sonrió de nuevo la espía más peligrosa del mundo—. Sé que soy superior a muchas personas, pero ellas siguen siendo personas. Procuro no olvidar nunca esto, y así, trato a todos los seres humanos como lo que son, no como… animalitos de los cuales hay que aprovecharse.

—Pues hace mal —rió La Luz—… Observe a su alrededor.

¿Realmente cree usted que el nivel de estas… personas es admirable?

—No, no lo es —admitió Brigitte—. Pero eso no le autoriza a usted ni a nadie a jugar con ellas. ¿Qué es lo que usted pretende, en definitiva?

—Mi pretensión, que está apoyada por la de muchas personas muy importantes de los Estados Unidos, consiste en iniciar una… nueva serie de módulos pensatorios, por medio de los cuales muy pronto adquiriríamos el control político de la masa humana norteamericana… No es nada especialmente nuevo. Digamos que… iríamos cambiando las consignas de los diferentes partidos políticos por las consignas de nuevas pequeñas religiones. Por ejemplo, los partidos demócrata, o republicano… ¿No le parece a usted que eso ya son… ideas y conceptos viejos, que están quedando obsoletos? Las cosas, a fuerza de conocerse tan bien, van agotando su interés. Las masas precisan de cambios que las entusiasmen, así que nosotros, La Secta, pensamos ofrecerles esos cambios. Pero no inventando un nuevo o unos nuevos partidos políticos, lo que sería mantenerse dentro de la línea que ya tiene aburrido al ciudadano medio norteamericano, sino… ofreciéndole otros alicientes. Unos alicientes de… superación personal. A la gente le encanta esto de la superación personal, ¿lo sabía usted?

—Sí. Y ustedes se aprovechan de ello.

—¡Claro! En lugar de intentar ganar adeptos para un nuevo partido político les decimos que los vamos a superar en lo personal, y les ofrecemos… una línea de vida, de conducta. Con lo cual, claro está, ya los tenemos atrapados.

»¿Qué más da que las masas obedezcan consignas de partidos políticos o de sectas? Nosotros nos hemos dado cuenta de que eso de los partidos políticos ya aburre, que con eso no vamos a conseguir muchos adeptos, así que nos hemos inventado el sistema de las sectas. En estos momentos, estamos organizando numerosas sectas en todo el país, y, poco a poco, las iremos… educando a nuestra conveniencia, del mismo modo que, por ejemplo, el partido republicano norteamericano hace mucho tiempo que viene educando, amaestrando, manipulando a sus partidarios, para obtener de ellos lo que quiere en el momento adecuado. ¿Me comprende usted?

—Por supuesto. ¿Y eso es todo?

—¿Todo? ¿Qué quiere decir?

—Chase Carruthers me dijo que ustedes estaban tramando algo malo. Y no es que lo que usted me ha dicho que están tramando me parezca bueno, pero, realmente, no me parece demasiado más malo que lo que hacen los partidos políticos, en efecto. Por eso pregunto: ¿eso es todo?

—Eso es todo. ¿Realmente es usted la agente Baby?

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? ¿Cómo dio conmigo?

—Estuvimos observando desde lejos el lugar del festival de *rock*, cuando amaneció, y la vimos a usted. Yo conozco a *Mr*. Cavanagh y cuando la vi con usted en la filmación que me trajeron comprendí la jugada. Lo que no puedo comprender es que esté usted de parte de Carruthers. Puedo comprender que esté contra La Secta, pero no puedo comprender que apoye a Carruthers.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, él se propone impedir que La Secta lleve a cabo cualquier plan criminal.

—¿Eso le ha dicho Carruthers? —La Luz soltó una carcajada—. ¡Vamos, no puede ser usted tan ingenua!

—¿Ingenua?

—¿De verdad no ha comprendido la jugada de Carruthers?

—Explíquemela usted, y quizá la comprenda.

—Mire, Carruthers estaba… asociado a unos hombres de la CIA…

—A los que usted mandó asesinar.

—Tenía que hacerlo. Sí, tenía que eliminar a Carruthers y a sus dos amigos de la CIA, pues yo no admito que nadie interfiera en los proyectos a largo plazo de La Secta. De manera que, en efecto, ordené que matasen a los dos hombres de la CIA y a Carruthers. Ahora comprendo por qué recurrió a usted: los dos hombres de la CIA la conocían, ¿verdad?

—Sí. Uno de ellos hacía varios años.

—Claro. Ellos le hablaron a Carruthers de usted, y Carruthers, que puede ser cualquier cosa menos tonto, ideó el plan: poner de su lado a la agente Baby y lanzarla contra mí, para que me eliminase. Y no sólo a mí, sino a cinco de mis más eficaces colaboradores, dos de los cuales tuvieron que autoeliminarse, y tuve que ordenar que los otros tres fuesen silenciados…

—Con un plan muy astuto, por cierto. Le felicito por él.

—Gracias. Y permítame decirle que usted no ha estado en esta ocasión a la altura de su prestigio, señorita Montfort: Carruthers la ha manipulado sin que usted se haya dado cuenta…

—¿Está seguro de eso?

—¡Ah! ¿Se ha dado cuenta de que Carruthers se ha servido de usted?

—Al principio, no. Pero luego, cuando encontramos muertos a los dos consejeros de la CIA, y llegamos a deducir que habían sido asesinados por los mismos tres hombres que atacaron a Carruthers en su yate, comprendí que él me había mentido, o que, cuando menos, no me había dicho la verdad. Él dijo que me había llamado para que yo actuase como periodista, en ningún momento mencionó que sabía que yo era la agente Baby. Y, sin embargo, lo sabía. Tenía que saberlo, puesto que estaba asociado nada menos que a dos consejeros de la CIA, uno de los cuales era amigo mío desde hacía tiempo. Así pues, comprendí que Carruthers me había mentido. Y no tardé en deducir muy buena parte del asunto: él sabía que yo era la agente Baby, pero no quería comprometerse, ni decir ninguna verdad que le obligara a sincerarse conmigo, de modo que simuló haber recurrido solamente a la periodista y no a la espía, con la certeza de que la espía saldría tras La Secta para exterminarla…, que es lo que él quiere, en definitiva. ¿No es eso?

—Ah. Ya veo que, realmente, no es fácil engañarla a usted.

—No, no es fácil, pero en ocasiones se consigue…, aunque sea sólo temporalmente. Bien, usted y Carruthers se están peleando por conseguir la jefatura de La Secta para adquirir en el futuro ese nuevo… poder popular, pero yo no…

—Un momento. Yo y mis socios sí pretendemos eso, es decir, organizar un nuevo sistema de poder. Pero no es eso lo que pretende Carruthers.

—¿Ah, no?

—¡Por supuesto que no!

—¿Qué pretende Carruthers, entonces?

—Entrar en la Historia.

Brigitte quedó desconcertada un instante.

—Entrar en la Historia —repitió—. ¿De qué está usted hablando?

—De la Historia, querida mía: de la Historia, con mayúscula.

—Sí, ya he entendido eso: con mayúscula. Pero… ¿qué quiere decir exactamente?

—Chase Carruthers pretende conseguir la jefatura de La Secta para utilizar a los miembros más fanáticos de modo que éstos cometan acciones en todo el mundo encaminadas a provocar enfrentamientos que desemboquen en una guerra mundial.

—No diga tonterías —refunfuñó Brigitte.

—¿Tonterías? Le diré a usted lo que son tonterías: por ejemplo, ese truco del pequeño altavoz que había en el suelo de su garaje o en el del dormitorio de aquí, y que hace pensar que es el resplandor quién habla…

—En ningún momento he creído semejante cosa —rechazó Brigitte.

—Ya, ya. Sin embargo, hay muchas, muchísimas personas en el mundo que lo habrían creído, como habrían creído que el resplandor conseguido con trucajes de cine, era real, algo así como… la luz de un espíritu selecto, cuando es sólo la proyección de un haz de luz por medio de una pequeña cámara especial… Todo esto sí son tonterías querida mía, pero no los planes de Chase Aldous Carruthers. Los conozco muy bien…, y le conozco muy bien a él, pues ascendía muy rápidamente, de modo que lo… vigilé, lo analicé, y finalmente detuve su ascenso dentro de La Secta y lo hice sondear por sus amigos respecto a sus intenciones. No voy a negarle que yo y mis socios importantes somos ambiciosos, perversos y hasta criminales, pero su… amigo Carruthers es un loco malvado.

—¿Qué es lo que él pretende exactamente?

—Ya se lo he dicho: entrar en la Historia. Pero superando a los grandes de la Historia: Atila, Gengis Khan, Carlomagno, Napoleón, Cristóbal Colón, George Washington… ¡Él quiere ser más grande que todos ellos juntos!

—¿Provocando una guerra mundial?

—¿Una guerra? Querida mía, lo que pretende Carruthers es dirigir la gran masacre de la Humanidad, la mayor de la Historia y además, dirigirla sin ocultarse, dándose a conocer, diciendo que él, él y nadie más es el Gran Masacrador de la Humanidad. ¡La Historia por la puerta grande! Porque no importa ser bueno o malo para entrar en la Historia, ¿verdad? ¡Lo que importa es destacar por

encima de los demás mortales! Y eso es lo que él quiere, por encima de todo. Lo demás no le interesa ni poco ni mucho.

»¿Poder político, económico, social…? ¡Bah! Tiene todo cuanto necesita, de eso, y hasta más del que puede digerir. Pero, por mucho poder que tenga, él sigue siendo un Don Nadie en el mundo, a efectos históricos, y eso es lo que el egocentrismo desaforado de Chase Carruthers no puede soportar. Así pues, si para entrar en la Historia como uno de los más grandes personajes, de los más significados, él tiene que provocar la Gran Masacre de la Humanidad, lo hará. ¡Ríase usted del tal Adolf Hitler, querida mía! Hitler era un infeliz al lado de Carruthers.

Brigitte, que miraba fijamente al ahora exaltado *Light*, permaneció inmóvil unos cuantos segundos. Por fin, murmuró:

—¿No tendría usted un cigarrillo?

—Escuche, usted no puede ser tan de hielo como pretende aparentar. Le…

—Digamos que he aprendido la lección de hoy —señaló Brigitte a la pantalla con simpático gesto—… Lo cual no han conseguido los miembros de su secta.

La Luz frunció el ceño, y miró alrededor de ambos. En efecto, parecía que estuviesen solos en la sala, pues nadie les prestaba atención: todos los presentes se habían enzarzado en una discusión por grupos que no parecía que fuese a terminar nunca: se discutía apasionadamente sobre lo visionado en la pantalla, y, salvo Brough y Codeman, que no perdían de vista a Brigitte, nadie prestaba atención a la hermosa morena de ojos azules ni al hombre de la frente panorámica, por supuesto considerando que eran dos miembros más de La Secta.

—Ya le dije antes —terminó por mascullar La luz— que estamos rodeados de seres inferiores a los que fácilmente podemos motivar y manipular. Pero dejemos todo esto y volvamos a lo nuestro. Le he demostrado que he podido matarla, y todo lo que he hecho ha sido traerla aquí para conversar, para ponerla de mi lado… ¿Qué me contesta?

—Le voy a hacer un trato inmejorable: yo me pongo de parte de La Secta y además elimino a Carruthers si usted me facilita el medio de matar a esas dos bestias que me han violado mientras yo dormía drogada.

—De acuerdo —aceptó enseguida La Luz.

—Vaya. No tiene usted muchos escrúpulos, ¿verdad?

—No tengo ningún escrúpulo, querida mía.

Brigitte sonrió. La Luz sonrió. Brigitte se echó a reír. La Luz se echó a reír. Junto a la puerta lateral de la sala, Codeman y Brough los observaban con suma atención.

—Muy bien —dijo Brigitte—. ¿Qué estamos esperando?

—En lo que a mí respecta, nada. Le diré lo que vamos hacer: dejaremos a nuestro querido rebaño en esta sala, ofreciéndoles otra sesión de cine… emotivo, y nosotros iremos a mi despacho, naturalmente custodiados por Brough y Codeman, para que no se mosqueen. Usted, en determinado momento, se pondrá a mi derecha, y yo abriré un cajón de la mesa. Verá allí una pistola. ¿Tengo que decirle más?

—No.

—Actúe discretamente, sin prisas.

—Tenga por cierto que usted no tiene nada que enseñarme en estas cosas.

—Claro —sonrió La Luz—. Bien, vamos allá.

Se pusieron de pie, pasaron hacia el extremo de la fila de butacas, y, a una seña de La Luz, Codeman abrió la puerta y se puso a un lado. Salieron Brigitte y La Luz, y detrás los dos asesinos profesionales, en silencio.

Regresaron a la gran nave donde había tantas cosas, y La Luz señaló hacia el fondo, donde había un gran despacho elevado, al que ascendieron por una escalera de pulidos peldaños de madera recubiertos con una alfombra. La Luz entró el primero, y encendió la luz. Era, en efecto, un despacho amplio, con grandes ventanales desde los cuales se divisaba toda la nave.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Brigitte.

—Cerca de Nueva York, no se preocupe. Ah, y quiero decirle algo más respecto a Carruthers: tenga por cierto que él, en cuanto usted hubiera hecho su labor desorganizando La Secta aniquilándome a mí, la habría matado. De un modo u otro, él la habría matado, para asegurarse que en el futuro usted no se habría enterado de la verdad y se habría movilizado para intentar impedirle sus planes. Por ejemplo, la convidaría a un viaje en su *jet*, luego él llegaría tarde y usted tendría que volar sola para

encontrarse en otro sitio…, y el *jet* explotaría debido a la bomba que él mismo habría colocado, es decir, sus compinches, pero haciendo pensar a todos que había sido La Secta quien había colocado la bomba en el *jet* para matarlo a él… O le diría que…

—Se lo diré otra vez: deje que yo atienda esas facetas del asunto.

—Sí, claro… Venga aquí un momento.

La Voz se había sentado tras la mesa apenas entrar. Brigitte se había colocado junto a una butaca.

Codeman y Brough permanecían de pie ante la puerta, sin dejar de mirar a la bellísima periodista-espía. Mientras conversaban, La Luz había estado hurgando dentro de uno de los cajones de su derecha, como buscando algo, y por fin requirió la aproximación de Brigitte.

La espía se acercó, miró el cajón parcialmente abierto, y vio la pistola al alcance de su mano. Miró a La luz a los ojos, miró de nuevo la pistola, asintió, y la empuñó. Con el arma en la mano, giró completamente hacia Codeman y Brough, a los que apuntó, extendiendo firmemente el brazo.

Las facciones de los dos asesinos profesionales parecieron romperse en una mueca de gran sobresalto.

Todo sucedió en un segundo.

Tras el sobresalto, ambos miraron a La Luz, y de nuevo a Brigitte… En sólo un segundo, lo comprendieron todo, y ya estaban moviendo sus manos hacia la axila en busca de sus respectivas pistolas cuando la espía internacional disparó, fríamente.

Y certeramente.

Sólo dos disparos, que crujieron secamente en el confortable, casi lujoso despacho.

Tanto Brough como Codeman recibieron el impacto de su respectiva bala en el centro de la frente, y fueron empujados violentamente hacia atrás, chocaron contra la puerta, y cayeron de bruces, a la vez, como imitándose en todo el uno al otro. Ni siquiera habían tenido tiempo de llegar a tocar sus armas. Codeman rebotó, pero quedó tendido de bruces, mientras que Brough, tras el rebote, quedó vuelto de cara al techo, mostrando el oscuro orificio de la bala en la frente.

Brigitte Montfort rodeó la mesa, y se acercó a ellos, contemplándolos con gesto absolutamente inexpresivo. Por fin,

regresó hacia la mesa de La Luz, quedando frente a éste, que la contemplaba con expresión amistosa. Pero, evidentemente, la señorita Montfort era una desagradecida, porque de pronto apuntó al rostro de La Luz la pistola que éste le había proporcionado.

—Y ahora tú —dijo quedamente.

La Luz sonrió. Brigitte apretó el gatillo. Clic, sonó la pistola metálicamente.

Clic, clic, clic…, apretó varias veces el gatillo Brigitte, con el mismo resultado, esto es, el golpe del percutor en vacío.

La Luz colocó la mano izquierda sobre la mesa, cerrada. La abrió, y las balas rodaron sobre la pulida superficie.

—Señorita Montfort —dijo suavemente La Luz, con su hermosa voz—, mientras hablábamos, yo he retirado el cargador de la pistola y he dejado en él solamente dos balas. Vamos, vamos, ¡no creería usted que iba a poder engañarme tan fácilmente! ¿Sabe? Usted continúa sin parecerme demasiado inteligente: ¿de verdad creyó que yo iba a aceptar con tanto riesgo el pase de su valiosa persona a mi grupo? ¿De verdad no pensó que yo iba a tomar mis precauciones… y mis represalias?

Diciendo esta última palabra, La Luz dejó ver su mano derecha, empuñando una pistola más pequeña que la que todavía sostenía Brigitte apuntando al rector de La Secta.

—¿Y usted cree que yo no he sabido tomar también mis precauciones? —Sonrió pérfidamente la espía.

—¿Sus precauciones? —Alzó las cejas La Luz—. ¿Qué precauciones? Está ante mí desarmada y a tal distancia que de ninguna manera puedo fallar el disparo. Sólo tengo que apretar el gatillo, y usted morirá.

—Pues apriételo —se tornó más perversa la sonrisa de Baby.

En los grandes, negros, inteligentes, penetrantes ojos de La Luz se reflejó nítidamente la duda, la desconfianza, la vacilación… Y en sólo ese instante se decidió la jugada.

Es decir, la decidió Brigitte Montfort, que por supuesto había previsto alguna jugada por parte de La Luz. Y era cierto que ella también había tomado sus precauciones, aunque fuesen mínimas y aceptando las difíciles circunstancias. No se había acercado a la mesa por casualidad, antes de disparar contra La Luz, sino pensando en que pudiera llegar a ser necesaria precisamente la acción que

realizó sorprendiendo a La Luz: mientras conversaba y sonreía, había ido alzando la pierna derecha, hasta que su rodilla entró en contacto con el borde de la mesa, la cual empujó de pronto contra La Luz cuando la vacilación de éste le hizo comprender que era el momento.

Y lo era.

La mesa se alzó y se desplazó hacia La Luz. No demasiado, pues era bastante pesada, pero sí lo suficiente para que el borde golpease a La Luz en el pecho con la contundencia necesaria para que la bala saliese muy desviada de su objetivo. Mientras tanto, Baby continuó con su acción de emergencia: giró, y corrió hacia la puerta. Sabía que no tenía tiempo de inclinarse, coger la pistola de Codeman o de Brough, volverse, y disparar contra La Luz. Pero sí había calculado que tendría tiempo de llegar a la puerta y salir del despacho, o al menos, tiempo de intentarlo.

Y lo intentó.

Y lo consiguió.

Abrió la puerta, salió como disparada, y en el mismo instante en que se encogía, tras ella sonaba el siguiente disparo efectuado por La Luz. El crujido de la bala por encima de la cabeza de Brigitte obligó a ésta a encogerse todavía más, y el brusco gesto le hizo perder al equilibrio y comenzar a caer rodando la amplia escalinata de madera tan ricamente alfombrada. Dándose golpes contra los escalones, llegó abajo…, mientras en la nave zumbaba la señal de alarma, y en alguna parte se oían las voces de un par de hombres.

La señorita Montfort llegó al pie de la escalinata, pareció rebotar como si fuese de goma, y echó a correr hacia un montón de bártulos apilados muy cerca. Se metía entre éstos en el momento en que, a menos de treinta metros de ella, aparecía un sujeto corriendo, pistola en mano.

—¡Graves! —Oyó la voz de La Luz, en lo alto de la escalinata—. ¡En la zona seis! ¡Se ha metido en la zona seis!

La alarma seguía sonando. Se oían voces de varios hombres más. Brigitte tuvo, por un instante la sensación de acoso que ya había experimentado tantas veces, y que, por eso mismo, había aprendido a dominar lo suficiente para no perder la serenidad. Y una vez más, esta serenidad, la experiencia, jugó a su favor: en lugar de correr hacia las profundidades de aquel montón de cachivaches y

esconderse por allí hasta que tarde o temprano aquellos hombres la localizasen y la acribillasen, la agente Baby se detuvo, se volvió, y esperó a pie firme la llegada del tal Graves.

Éste apareció corriendo, sin ocurrírsele ni por asomo que su presa le iba a esperar. Al verla, respingó, se atragantó, quiso apuntarla con la pistola… El puntapié de Baby le alcanzó en los genitales, y acto seguido, cuando todavía estaba Graves encogiéndose e intentando recuperar la compostura, recibió en la sien el tremendo impacto del puño de la espía, que lo mató en el acto y lo derribó girando sobre sí mismo.

Brigitte recogió la pistola, y parecía dispuesta a continuar su fuga en busca de algún buen parapeto desde el cual hacer frente a la jauría que oía acercándose, cuando se detuvo en seco. Se inclinó, agarró a Graves por la ropa del cuello, y tiró de él arrastrándolo hasta desaparecer los dos detrás de una pila de cajas.

—¡Graves! —Llamó uno de sus compañeros—. ¡Graves!

Brigitte se arrodilló junto al cadáver de Graves, lo registró rápidamente, y aprobó con un gesto cuando encontró el encendedor. Se quitó la blanca túnica, quedando completamente desnuda, y aplicó a la tela la llama del encendedor de Graves… En cuestión de segundos la tela ofreció una llamarada considerable, y Brigitte la arrojó encima de unas cajas…

—¿Qué pasa? —Oyó en alguna parte—. ¿Qué es ese humo?

La espía se deslizó por entre cajas y material de toda clase, dejando tras ella el pequeño incendio que iba incrementándose rápidamente. La misma voz de antes advirtió la presencia del fuego y reclamó un extintor. Brigitte endureció el gesto, buscó con la mirada, y se acercó a un gran colgador del que pendían prendas de vestir de todas clases…, a las cuales fue aplicando la llamita del encendedor.

—«Apuesto a que cuando le explique esto a Frankie me llamará pirómana, o dirá algunas de sus tonterías».

Las llamas aumentaron en cantidad y en intensidad. Más allá, la espía prendió fuego a la paja de una gran caja que contenía objetos de cristal y cerámica… Y más allá, a un montón de papeles que tiró dentro de una de las cuadrigas romanas.

En menos de un minuto, la enorme nave comenzó a convertirse en un horno dentro del cual se inició la locura…

Todavía en su despacho, La Luz se daba perfecta cuenta de lo que estaba sucediendo. Mejor que nadie, pues desde allí arriba veía cómo las llamas iban apareciendo. Al principio gritó indicando a sus hombres la posición de la incendiaria, pero pronto el estrépito impidió que nadie pudiera escucharle, pues aparecieron los miembros que habían acudido a la sesión mensual de La Secta, todos buscando la salida, hacia la que corrían presas del pánico.

—Maldita sea —jadeó La Luz.

Corrió al interior del despacho, alzó la tapa del escondrijo del suelo, y cogió la pequeña caja metálica dentro de la cual, microfilmada, tenía toda la documentación de La Secta, incluidos nombres, cifras, proyectos… Cuando apareció de nuevo en la puerta del despacho el fuego se estaba extendiendo, pese a los esfuerzos de sus hombres manejando extintores. Al infierno con todos ellos. Bajó corriendo la escalinata, y fue a donde tenía su coche, un magnífico Chevrolet a prueba de balas y hasta de cañonazos. Sacó las llaves, abrió la portezuela, y se dispuso a entrar…

La señorita Montfort apareció ante él de pronto. Había en sus ojos una sonrisa de hielo. En su mano, la pistola de Graves.

—Gracias, querido mío —dijo la espía.

¡Crack!, crujió el disparo.

La bala acertó a La Luz de lleno en la frente, y lo derribó violentamente de espaldas. La señorita Montfort recogió las llaves del vehículo y la cajita metálica, se sentó ante el volante, cerró la portezuela, y puso el cierre de seguridad por dentro. Sonrió cuando aparecieron dos de los hombres de La Secta y apuntaron a su rostro a través del parabrisas…, en el cual rebotaron las balas. Brigitte puso en marcha el motor, y arrancó en el acto, embistiendo a los hombros de La Secta y sin importarle cuáles fuesen los resultados.

En cuestión de segundos llegó al fondo de la nave, donde los miembros de La Secta habían abierto la puerta grande y salían por ella despavoridos, perseguidos por el creciente incendio.

La agente Baby no se anduvo con miramientos para escapar ella también de aquel infierno, confortablemente instalada a los mandos de un lujoso Chevrolet.

Este es el final

Maravillosamente instalado en aquel chalé frente a la playa de aquella isla del Caribe, Chase Aldous Carruthers frunció el ceño cuando comenzó a oír el zumbido de un helicóptero.

Pero se tranquilizó enseguida. Allá, con él, había cuatro agentes de la CIA a los que la bellísima Brigitte había dado órdenes de protegerlo contra todo y contra todos y fuese como fuese. De modo que si quien llegaba allí andaba buscando bronca, la iba a encontrar. Y de la buena. Por tanto, Carruthers volvió a relajarse en la extensible colocada a pleno sol casi en la misma orilla del mar.

Ajá, la vida era formidable, para quien sabía vivirla…

El helicóptero se posó a menos de cincuenta metros de él, y una mujer saltó a la arena. Una mujer que Carruthers reconoció inmediatamente.

Y también la reconocieron los agentes de la CIA que estaban al cuidado, pues Chase los vio sonreír.

La mujer, alta, esbelta, elegante, espléndida, caminaba hacia él. Tras ella, el piloto del helicóptero, cargado con una maleta…, o algo parecido. Chase se puso en pie para recibir a la recién llegada. Los cuatro agentes de la CIA también acudieron para encontrarse con ella. ¡La agente Baby! Carruthers se felicitó a sí mismo: no tenía la menor duda de que ella había conseguido exterminar a La Secta y que se había cargado a La Luz y a quien fuese.

¡Seguro que sí!

De modo que todo iba viento en popa, muy pronto él entraría en la Historia por la puerta grande…

Brigitte Montfort llegó a donde estaban las extensibles, y Carruthers se le acercó, tendiéndole la mano.

—¡No sabe cuánto me alegro de verla! ¡Tengo tanto que decirle…!

Calló bruscamente, atónito, mirando la pequeña pistola que

había aparecido en la diestra de la señorita Montfort.

Alzó la sobresaltada mirada hacia los ojos azules, y se estremeció al ver aquel destello como de hielo.

Plof, chascó la pistolita.

La bala se hundió en la frente de Chase Carruthers, que ni siquiera emitió un gemido antes de caer como un poste de espaldas sobre la arena.

El piloto del helicóptero llegó, y colocó sobre la arena lo que parecía una maleta, la abrió, y en cuestión de segundos quedó visible la nevera portátil, las dos botellas de champán, las copas…

Todo ello fue instalado sobre una mesita plegable.

Mientras tanto, Brigitte se había quitado la ropa, quedando en bikini, y se había tendido en la extensible profiriendo un encantador suspiro de satisfacción. Junto a ella, los cuatro Simones la contemplaban todavía atónitos y fascinados. De repente, ella los miró, y sonrió.

—No se queden ahí parados: vengan a tomar una copa de champán bien frío, como inicio de esta semana de vacaciones que ustedes y yo empezamos ahora mismo… ¡Zambomba, qué bien se está aquí! Vengan, vengan a tomar una copa: ya nos ocuparemos luego de tirar esta basura al mar…

FIN